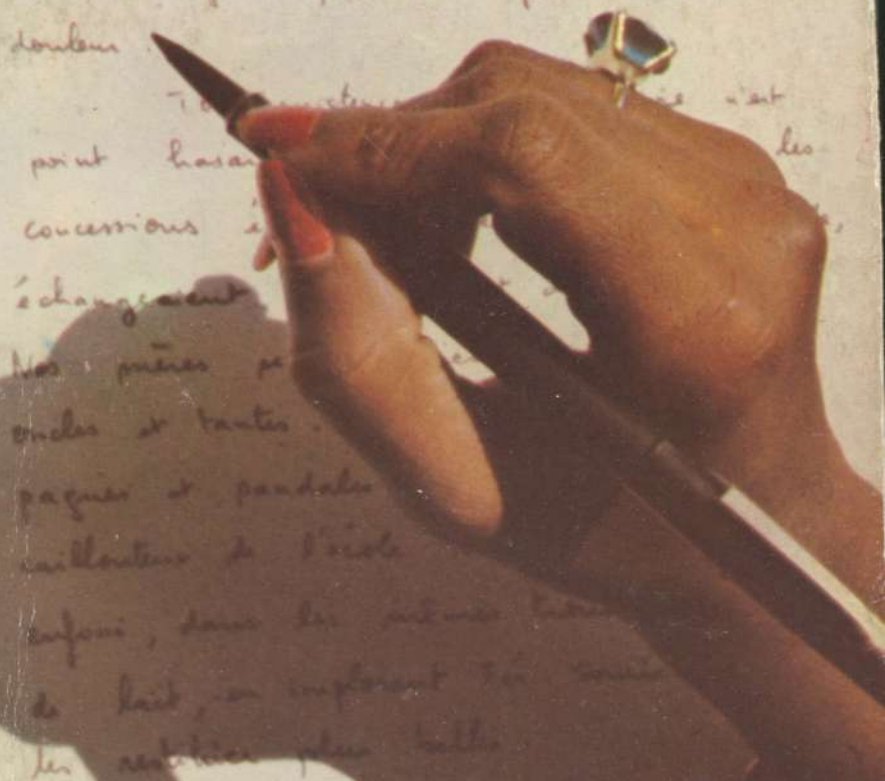


Mariama Bâ

Carta a una Amiga Intima



Emecé Editores

MARIAMA BÂ / CARTA A UNA AMIGA ÍNTIMA

**Traducción
AMANDA FORNS DE GIOIA**

**Revisión
ROBERTO DI PASQUALE**

MARIAMA BÂ

CARTA A UNA
AMIGA ÍNTIMA

EMECÉ EDITORES

Título original: *Une si longue lettre*

© *Les Nouvelles Éditions Africaines*

© *Emecé Editores, S.A., 1985*

Alsina 2062 - Buenos Aires, Argentina

Primera edición en offset: 4.000 ejemplares

**Impreso en Compañía Impresora Argentina S.A., Alsina 2041/49,
Buenos Aires, enero de 1985**

IMPRESO EN LA ARGENTINA · PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

I.S.B.N.: 950-04-0416-8

18.010

*A Abibatou Ninag, mujer virtuosa y severa que
comparte mis emociones.*

*A Annette d'Erneville, mujer inteligente y de cora-
zón.*

A todas las mujeres y hombres de buena voluntad.

1

Aïssatou:

Recibí tus líneas. A guisa de respuesta, abro este cuaderno, punto de apoyo de mi desazón: nuestra larga práctica me ha enseñado que la confidencia alivia el dolor.

No es un azar tu existencia en mi vida. Nuestras abuelas, cuyas concesiones estaban separadas por una empalizada, intercambiaban mensajes diariamente. Nuestras madres se disputaban el cuidado de nuestros tíos y tías. Nosotros desgastamos túnicas y sandalias en el mismo camino pedregoso de la escuela coránica. Escondimos en los mismos huecos nuestros dientes de leche, implorando al ratoncillo que nos los restituyera más hermosos.

Si bien los sueños mueren al atravesar los años y las realidades; yo conservo intactos mis recuerdos, sal de mi memoria.

Te invoco. El pasado renace con su cortejo de

emociones. Cierro los ojos. Flujo y reflujo de sensaciones: calor y deslumbramiento, los fuegos de leña; delicia en nuestras golosas bocas, el mango verde pimentado, mordido por turno. Cierro los ojos. Flujo y reflujo de imágenes; el rostro ocre de tu madre constelado de gotitas de sudor al salir de las cocinas; alborozada procesión de chiquillas empapadas, volviendo de las fuentes.

El mismo recorrido nos condujo de la adolescencia a la madurez, donde el pasado fecunda al presente.

¡Amiga, amiga, amiga! Te llamo tres veces.¹ Ayer, tú te divorciaste. Hoy, yo soy viuda.

Modou ha muerto. ¿Cómo contártelo? No se hacen citas con el destino. El destino toma a quien quiere, cuando quiera. De acuerdo con nuestros deseos, nos trae la plenitud. Pero, más frecuentemente, desequilibra y hiere. Entonces hay que soportar. Yo soporté el llamado telefónico que arruinó mi vida.

¡Llamar un taxi! ¡Rápido! ¡Más rápido! Mi garganta seca. En mi pecho una bola inmóvil. ¡Rápido! ¡Más rápido! ¡Al fin el hospital! El olor de las supuraciones y del éter mezclados. ¡El hospital! Rostros crispados, una escolta llorosa de gente conocida o desconocida, testigos a su pesar de la tragedia atroz. Un pasillo que se prolonga, que no termi-

¹ Manera de interpelar que muestra la gravedad del tema que se va a abordar.

na de prolongarse. En su extremo, una pieza. En la pieza, una cama. Sobre esa cama, Modou tendido ya, aislado del mundo de los vivos por un lienzo blanco que lo cubre por completo. Una mano avanza, temblorosa, y descubre lentamente el cuerpo. Bajo el desorden de una camisa azul de rayas finas, aparece el pecho, velludo, quieto para siempre. Ese rostro inmovilizado en el dolor y la sorpresa es el suyo, cuyas son esa frente despoblada, esa boca entreabierta. Quiero tomar su mano. Pero me apartan. Oigo a Mawdo, su amigo médico, explicarme: “Crisis cardíaca fulminante acaecida en su oficina mientras dictaba una carta. La secretaria tuvo la presencia de ánimo para llamarme”. Mawdo cuenta su llegada tardía con la ambulancia. Yo pienso: “el médico después de la muerte”. Repite en mímica el masaje cardíaco efectuado, así como la inútil respiración boca a boca. Sigo pensando: masaje cardíaco, boca a boca, armas irrisorias contra la voluntad divina.

Escucho palabras que crean a mi alrededor una atmósfera nueva en la cual me muevo, extraña y crucificada. La muerte, tenue pasaje entre dos mundos opuestos, uno tumultuoso, el otro inmóvil.

¿Dónde recostarme? La edad tiene sus exigencias de dignidad. Me aferro a mi rosario. Lo recorro afiebradamente con los dedos mientras permanezco de pie sobre mis piernas flojas. Mis riñones laten con ritmo de parto.

Trozos de mi vida surgen inopinadamente en mi pensamiento, versículos grandiosos del Corán, nobles palabras de consuelo se disputan mi atención.

—Milagro feliz del nacimiento, milagro tenebroso de la muerte. Entre los dos, una vida, un destino —dice Mawdo Bâ.

Miro fijamente a Mawdo. Me parece más alto que de costumbre en su delantal blanco. Lo encuentro delgado. Sus ojos enrojecidos testimonian cuarenta años de amistad. Observo sus manos de elegante belleza, de fineza absoluta, ágiles manos habituadas a descubrir el mal. Esas manos, movidas por la amistad y una ciencia rigurosa, no pudieron salvar al amigo.

2

Modou Fall está muerto, Aïssatou. Lo atestigua el ininterrumpido desfile de hombres y mujeres que “se han enterado”, los gritos y los llantos que me rodean. Esta situación de tensión extrema agudiza mi dolor y se prolonga hasta el día siguiente, el del entierro.

¡Qué río hormigueante de seres humanos venidos de todas las regiones del país adonde la radio llevó la noticia!

Algunas mujeres, parientas cercanas, se agitan solícitas. Deben llevar al hospital, para el arreglo mortuorio, incienso, agua de Colonia, algodón. Depositan cuidadosamente en un cesto nuevo los siete metros de percal blanco, única vestimenta autorizada para un muerto musulmán. No olvidan el “Zem-Zem”, agua milagrosa proveniente de los Santos Lugares del Islam, piadosamente conservada por cada familia. Se eligen paños para cubrir a Modou.

Con la espalda apoyada sobre almohadones, las piernas extendidas, sigo las idas y venidas, la cabeza cubierta por una tela negra. Frente a mí, una criba nueva, comprada para la ocasión, recibe los primeros óbolos. La presencia de mi coesposa a mi lado me crispa. La han traído a casa, según la costumbre, para los funerales. Cada hora que pasa deforma más profundamente sus mejillas, marca ojeras más grandes en sus ojos, inmensos y hermosos ojos que se cierran y se abren sobre sus secretos, sus pesares tal vez. En la edad de la risa y de la despreocupación, en la edad del amor, la tristeza agobia a esta niña.

Mientras que los hombres, en larga y desordenada fila de coches oficiales o particulares, de veloces colectivos, de camionetas y motonetas, acompañan a Modou a su última morada (durante largo tiempo se hablará del gentío que seguía el cortejo fúnebre), nuestras cuñadas nos descubren las cabezas. Mi coesposa y yo estamos instaladas bajo una tienda ocasional hecha con un paño estirado por encima de nosotras. Mientras nuestras cuñadas trabajan, las mujeres presentes, advertidas de la operación, se levantan y arrojan monedas sobre el moviente techo para conjurar la mala suerte.

Es el momento temido por toda senegalesa, con miras al cual sacrifica sus bienes ofrendándolos a su familia política y, lo que es peor, pierde además de los bienes la personalidad, la dignidad, convirtién-

dose en una cosa al servicio del hombre que la desposa, del abuelo, de la abuela, del padre, de la madre, del hermano, de la hermana, del tío, de la tía, de los primos, de las primas, de los amigos de ese hombre. Su conducta está condicionada: una cuñada no toca la cabeza de una esposa que fue avara, infiel o inhospitalaria.

Nosotras fuimos merecedoras, y se canta a gritos el coro de nuestras alabanzas. Nuestra paciencia a toda prueba, la generosidad de nuestro corazón, la frecuencia de nuestros obsequios, encuentran ese día su justificación y su recompensa. Nuestras cuñadas tratan con la misma igualdad tanto treinta como cinco años de vida conyugal. Celebran, con la misma facilidad y las mismas palabras, doce y tres maternidades. Me doy cuenta, irritada, de esa voluntad de nivelación que regocija a la nueva suegra de Modou.

Luego de lavarse las manos con el agua de una vasija colocada a la entrada de la casa, los hombres que vuelven del cementerio desfilan ante la familia agrupada en torno de nosotras, las viudas. Presentan sus condolencias llenas de alabanzas hacia el muerto.

—Modou, amigo de los jóvenes y de los ancianos...

—Modou, valeroso corazón, defensor del oprimido...

—Modou, tan cómodo en un caftán como en un traje...

—Modou, buen hermano, buen marido, buen musulmán...

—Que Dios lo perdone...

—Que lamente su vida terrena frente a su felicidad celestial...

—¡Que la tierra sea liviana para él!

Están allí, compañeros de aquellos juegos de su infancia, en torno de la pelota, de las cacerías de pájaros con honda. Allí están, compañeros de estudios; de luchas sindicales.

Los “Siguil ndigalé”² se suceden, punzantes, mientras que expertas manos distribuyen entre la concurrencia bizcochos, caramelos, colas sabiamente mezcladas, primeras ofrendas hacia los cielos por el descanso del alma del difunto.

² Fórmula de condolencias que contiene un deseo de superación moral.

3

Al tercer día, las mismas idas y venidas de amigos, de parientes, de pobres, de desconocidos. El nombre del muerto, popular, ha movilizadado a una hormiguedante multitud, que llena mi casa, desprovista de todo lo que puede ser robado, de todo lo que puede ser deteriorado. Se extienden esteras de variada índole en cualquier lugar donde tengan cabida. Sillas de hierro, alquiladas para la ocasión, azulean al sol.

Y asciende, reconfortante, la lectura del Corán; palabras divinas, recomendaciones celestiales, impresionantes promesas de castigo o de delicias, exhortaciones al bien, advertencias contra el mal, exaltación de la humildad, de la fe. Me estremezco. Mis lágrimas se derraman y mi voz se une débilmente a los fervientes “Amén” que provocan el entusiasmo de la multitud al finalizar cada versículo.

El olor del *lakh*³ que se entibia en calabazas,

³ Plato senegalés a base de harina de mijo cocida en agua. Se come con cuajada.

flota, excitante. Y desfilan también las grandes fuentes de arroz rojo o blanco, cocinado en mi casa o en las vecinas. Se sirven, en vasos de plástico, jugos de frutas, agua y cuajada helados. El grupo de los hombres come silencioso. Quizá recuerden el cuerpo rígido, atado, que ellos bajaron a una fosa abierta, tapada rápidamente.

¡Cuánto ruido entre las mujeres! Risas sonoras, palabras en voz alta, palmadas, exclamaciones estridentes. Amigas que no se habían visto en mucho tiempo se abrazan ruidosamente. Unas hablan de la última moda en telas. Otras indican la proveniencia de sus túnicas tejidas. Se transmiten los últimos chismes. Y ahogan la risa, abren desmesurados ojos y admiran el *boubov*⁴ de su vecina, su original manera de ennegrecerse manos y pies con alheña, trazando en ellos figuras geométricas.

De tanto en tanto una irritada voz masculina advierte, recuerda el motivo de la reunión: ceremonia para la redención de un alma. Pronto se olvida esa voz y la algazara recomienza, se amplifica.

Por la noche se produce la etapa más desconcertante de esta ceremonia del tercer día. Más gente, más apretujones para ver y oír mejor. Se forman grupos por afinidades, por lazos de sangre, por barrios, por corporaciones. Cada grupo exhibe su participación en los gastos. Antaño esa ayuda se

⁴ Vestido femenino largo, típico de la mujer africana.

brindaba en especies: mijo, animales, arroz, harina, aceite, azúcar, leche. Hoy se manifiesta con ostentación en billetes de Banco, y nadie quiere dar menos que el otro. ¡Sobrecogedora exteriorización de un sentimiento interior invalorable, valorado en francos! Y sigo pensando: ¡cuántos muertos habrían podido sobrevivir si, en vez de organizar un festín para sus funerales, el pariente o el amigo hubiese comprado la medicina salvadora o pagado la hospitalización!

Las recaudaciones se anotan minuciosamente. Es una deuda que habrá que pagar en las mismas circunstancias. Los parientes de Modou abren un cuaderno. La Señora Suegra (de Modou) y su hija, una libreta. Fatim, mi hermana menor, anota con esmero la lista de mis entradas en un block.

Proveniente de una importante familia de esta ciudad, con relaciones en todas las capas sociales, maestra vinculada amistosamente a los padres de mis alumnos, compañera de Modou desde hace treinta años, yo recibo las sumas mayores y numerosos sobres. El interés que me demuestran me enaltece ante los ojos de los demás, y ahora le toca a la Señora Suegra sentirse irritada. Recién llegada a la burguesía de la ciudad por el casamiento de su hija, también ella cosecha billetes. En cuanto a la joven, muda, azorada, permanece ajena al medio que la rodea.

La sacan de su estupor los llamados de nuestras

cuñadas, que vuelven a la escena luego de celebrar consejo. Se han cotizado en la exorbitante suma de doscientos mil francos para “vestirnos”.⁵ Ayer nos ofrecieron un excelente *thiakry*⁶ para calmar nuestra sed. La *griote*⁷ de la familia Fall está orgullosa de su papel de vínculo, transmitido de madres a hijas:

—Cien mil francos, la rama paterna; cien mil francos, la rama materna.

Cuenta los billetes azules o rosados uno a uno, los exhibe y concluye:

—Tengo mucho que decir de vosotros, los Fall, nietos de Damel Madiodio, que habéis heredado sangre real. Pero uno de vosotros ya no existe. Hoy no es un día feliz. Os acompaño en vuestro llanto por Modou, al que yo llamaba “bolsa de arroz”, pues frecuentemente me daba una bolsa de arroz. Recibid entonces estas sumas, vosotras, las dignas viudas de un hombre digno.

Cada viuda debe duplicar su parte, como será duplicada la ofrenda de los nietos de Modou, representados por la progenie de todos sus primos y primas.

⁵ A las hermanas del marido les corresponde comprar la ropa de luto de las viudas.

⁶ Bebida que se obtiene mezclando cuajada azucarada con harina de mijo finamente diluida y cocida al vapor.

⁷ *Griote*: femenino de *griot*, poeta y músico, suerte de juglar. En África occidental se aplica por extensión a la persona encargada de transmitir la tradición oral de la familia de generación en generación y a la que se atribuye gran sabiduría.

Nuestra familia política se lleva así fajos de dinero laboriosamente reunidos, y nos deja en la indigencia total a nosotras, que necesitaríamos apoyo material.

Sigue el desfile de los viejos parientes, de las antiguas amistades, de *griots*, de orfebres, de *laobés*⁸ de cantarino lenguaje. Los “hasta pronto” irritan al sucederse a un ritmo infernal, pues no son simples ni gratuitos: requiere, de acuerdo con la categoría de quien se marcha, ya una moneda, ya un billete de Banco.

La casa se vacía poco a poco. Vahos de sudor y de comida se mezclan en desagradables, asqueantes efluvios. Escupitajos de cola en todas partes: mis baldosas, mantenidas con tanto esmero, ennegrecidas. Manchas de grasa en las paredes, bollos de papel arrugados. ¡Qué balance para un día!

Al despoblarse, mi horizonte me ofrece la visión de una anciana. ¿Quién es? ¿De dónde viene? Agachada, con las puntas de su *boubou* anudadas a la espalda, vuelca en una bolsa de plástico restos de arroz rojo. Su radiante rostro habla de la agradable jornada que acaba de vivir. Quiere llevar una prueba a su familia, residente en Quakam, Thiaroye, Piki-ne⁹ tal vez.

Masculla entre sus dientes rojos de cola cuan-

⁸ Talladores de madera.

⁹ Suburbios de Dakar.

do, al erguirse, sus ojos se encuentran con los míos, desaprobadores:

—Señora, la muerte es tan bella como lo fue la vida.

Lo mismo ocurrirá ¡ay! en el octavo y el cuadragésimo días, que verán venir “a cumplir” a los que “se enteraron tarde”. Vestidos livianos que dejan traslucir la esbeltez del talle, la prominencia de las caderas, el *soutien* nuevo o comprado a la vendedora de ocasión, escarbadiantes metidos en la boca, chales blancos o floreados, perfumes pesados de incienso y de *gongo*,¹⁰ voces chillonas, risas agudas. Y sin embargo se nos dice en el Corán que al tercer día el muerto se hincha y llena su tumba; y sin embargo se nos dice que al octavo día revienta; ¡y se nos dice también que al cuadragésimo día queda descarnado! ¿Qué significa pues la institución de esos alegres festines que acompañan a las plegarias por la clemencia de Dios? ¿Quién acude por interés? ¿Quién concurre para calmar su sed? ¿Quién va a llorar? ¿Quién a recordar?

Esta noche Binetou, mi coesposa, volverá a su casa SICAP.¹¹ ¡Al fin! ¡Uf!

¹⁰ Polvo de olor excitante.

¹¹ *Société Immobilière du Cap-Vert* (Sociedad Inmobiliaria del

Las visitas de pésame continúan: enfermos, viajeros, o simplemente indolentes y perezosos que vienen a cumplir con lo que consideran un deber sagrado. Se puede faltar a un bautismo, pero jamás a un duelo. Monedas y billetes siguen cayendo en la solicitante criba.

Vivo aislada en una monotonía sólo interrumpida por los baños de purificación y el cambio de ropa de luto todos los lunes y viernes.

Espero cumplir bien mis obligaciones. Mi corazón se amolda a lo que exige la religión. Nutrida desde la infancia en sus rígidas fuentes, creo que no desfalleceré. Los muros que limitan mi horizonte durante cuatro meses y diez días, casi no me molestan. Llevo en mí suficientes recuerdos en qué pensar. Y a ellos es a quienes temo, pues tienen el sabor de la amargura.

¡Que su invocación no manche el estado de absoluta pureza en que debo hallarme!

Hasta mañana.

Cabo Verde) que construye edificios en alquiler y venta o simplemente en alquiler.

Aïssatou, amiga mía, te aburro tal vez relatándote lo que tú ya sabes.

Jamás observé tanto, porque jamás me vi afectada tan de cerca.

Ha terminado al fin, esta mañana la reunión familiar celebrada en mi salón. Adivinarás quienes fueron los presentes: la Señora Suegra, su hermano y su hija Binetou, todavía demacrada; el viejo Tamsir, hermano de Modou y el imán de la mezquita de su barrio, Mawdo Bâ, mi hija y su marido Abdou.

El *Mirasse* prescrito por el Corán requiere que se despoje a un individuo muerto de sus más íntimos secretos. Libra así al conocimiento de los otros todo lo que fue cuidadosamente disimulado. Algunos descubrimientos explican con crudeza una conducta. Mido con espanto la dimensión de la traición de Modou. El abandono de su primera familia (mis hijos y yo) obedecía a la elección de una nueva vida.

Nos rechazaba. Orientaba su futuro sin tener en cuenta nuestra existencia.

Su promoción al puesto de consejero técnico en el Ministerio de Funciones Públicas, a cambio del cual contuvo la rebelión sindical, según dicen las malas lenguas, nada pudo contra la abrumadora marea de gastos en la cual se debatía. Muerto sin un centavo ahorrado. ¿Reconocimientos de deudas? Un montón: comerciantes de telas y de alhajas, proveedores, carniceros, cuotas de automóvil...

Sujétate bien. La explicación de esa “pobreza” es la casa SICAP: gran recepción, cuatro dormitorios, dos baños rosado y celeste, amplia sala de estar, departamento de tres habitaciones construido a sus expensas al fondo del segundo patio para la Señora Suegra. Y muebles de Francia para su nueva esposa, y muebles de ebanistas locales para la Señora Suegra.

Esa vivienda y su elegante contenido fueron adquiridos gracias a un préstamo bancario concedido sobre una hipoteca de la “Villa Falène”, donde vivo yo. Esta casa, cuyo título de propiedad está a su nombre, no por ello deja de ser un bien común adquirido con nuestros ahorros. ¡Qué audacia para escalar posiciones!

Por otra parte, seguía pagando mensualmente a la SICAP setenta y cinco mil francos. Esas cuotas debían pagarse por diez años para que la casa le perteneciera.

Cuatro millones en préstamo, conseguidos fácilmente gracias a su posición privilegiada, y que le permitieron enviar a la Señora Suegra y a su marido a adquirir los títulos de Hadja y de El-Hadj en la Meca, además de posibilitar los continuos cambios de los Alfa Romeo de Binetou, al menor capricho.

Ahora comprendo el horrible significado del abandono, por parte de Modou, de la cuenta bancaria que teníamos en común. Quería separarse financieramente para tener las manos libres.

Además, por haber retirado a Binetou del ciclo escolar, le pasaba una asignación mensual de cincuenta mil francos, como salario obligatorio. La joven, muy inteligente, deseaba continuar sus estudios, terminar el bachillerato. Modou, astuto, para asentar su dominio, pretendía sustraerla del mundo crítico y despiadado de los jóvenes. Aceptó pues todas las condiciones de la rapaz Señora Suegra, y hasta firmó un documento por el cual se comprometía a pagar todos los meses la citada suma. La Señora Suegra enarbolaba ese papel, pues estaba convencida de que los pagos debían continuar, aun después de la muerte de Modou, con el dinero de la herencia.

Mi hija Daba, por su parte, esgrimía un acta ante escribano, fechada el mismo día de la muerte de su padre, donde se indicaba todo el contenido de la casa SICAP. La lista que presentaban la Señora Suegra y Binetou no mencionaba ciertos objetos y

muebles, misteriosamente desaparecidos o fraudulentamente sustraídos.

Tú sabes que soy excesivamente sentimental. Lo que exhibían tanto una como la otra parte no me agradaba en absoluto...

5

Ayer te dejé sin duda estupefacta con mis revelaciones.

¿Locura? ¿Falta de carácter? ¿Amor irresistible? ¿Qué conmoción interior pudo alterar la conducta de Modou Fall para casarse con Binetou?

Para ahogar mi rencor, pienso en el destino humano. Cada vida oculta una parcela de heroísmo, un heroísmo oscuro hecho de abdicaciones, de renunciamientos y de aceptaciones, ante los despiadados golpes de la fatalidad.

Pienso en los ciegos del mundo entero que se mueven en las sombras. Pienso en los paralíticos del mundo entero que se arrastran. Pienso en los leprosos del mundo entero a quienes su enfermedad desintegra.

Víctimas de un triste hado que no habéis elegido, ¿qué son, frente a vuestros lamentos, mis dificultades, cruelmente motivadas por un muerto que

ya no domina mi destino? Justicieros, habríais podido, uniendo vuestras desesperanzas, hacer temblar a los que la riqueza embriaga, a los que el azar favorece. Habríais podido, en horda poderosa por su asco y su rebelión, apoderaros del pan que vuestra hambre ansía.

Vuestro estoicismo no os convierte en violentos ni amenazadores, sino en verdaderos héroes desconocidos por la historia grande y que jamás alteran el orden establecido, a pesar de su miserable situación.

Rápido, ¿qué son frente a vuestras taras visibles, las taras morales de las que tampoco estáis a salvo? Pensando en vosotros, doy gracias a Dios por mis ojos que abrazan cada día el cielo y la tierra. Si bien hoy la fatiga moral me paraliza, mañana abandonará mi cuerpo. Entonces mis piernas liberadas me llevarán lentamente, y de nuevo tendré ante mí el yodo y el azul del mar. Serán mías la estrella y la nube blanca. El soplo del viento seguirá refrescando mi frente. Me tenderé, me volveré, vibraré. ¡Oh, Salud, hábitame! ¡Oh, Salud!...

Mis esfuerzos no logran apartarme por mucho tiempo de mi decepción. Pienso en el bebé huérfano al nacer. Pienso en el ciego que jamás verá la sonrisa de su hijo. Pienso en el calvario del manco. Pienso... ¡Pero mi desaliento persiste, continúa mi rencor, rompen en mí las olas de una inmensa tristeza!

¿Locura o falta de carácter? ¿Insensibilidad o

amor irresistible? ¿Qué conmoción interior pudo alterar la conducta de Modou Fall para casarse con Binetou?

¡Y pensar que amé apasionadamente a ese hombre, pensar que le consagré treinta años de mi vida, pensar que doce veces llevé en mí un hijo suyo! No le bastó poner una rival en mi vida. Al amar a otra, destruyó moral y materialmente su pasado. ¡Se atrevió a semejante negación! ... y sin embargo ...

¡Y sin embargo, qué no hizo para que yo me convirtiera en su mujer!

6

Seguramente recuerdas ese tren de la mañana que nos llevó por primera vez a Ponty-Ville, ciudadela de los normalistas en Sebikotane. Ponty-Ville es la campiña todavía verde bajo la ducha de las últimas lluvias, una Fiesta de la juventud en medio de la naturaleza, melodías de banjos en los dormitorios transformados en pistas de baile, charlas a lo largo de las avenidas de geranios o bajo los tupidos mangos.

Modou Fall, en el mismo instante en que te inclinaste ante mí para invitarme a bailar, supe que eras el que yo esperaba. Alto y atlético, es verdad. Cutis ambarino por tu lejana ascendencia mora, es verdad también. Virilidad y fineza de los rasgos armoniosamente combinados, verdad una vez más. Pero sobre todo sabías ser tierno. Sabías adivinar cualquier pensamiento, cualquier deseo... Sabías muchas cosas indefinibles que te aureolaban y sellaron nuestras relaciones.

Cuando bailábamos, tu frente ya despoblada en aquel entonces se inclinaba sobre la mía. La misma sonrisa de felicidad iluminaba nuestros rostros. La presión de tu mano se hacía más tierna, más posesiva. Todo en mí consentía, y nuestras relaciones se prolongaron a través de los años escolares y de las vacaciones, fortalecidas en mí por el descubrimiento de tu fina inteligencia, de tu envolvente sensibilidad, de tu obsequiosidad, de tu ambición que no admitía la mediocridad. Esa ambición te llevó, cuando terminaste con la escuela, a la preparación solitaria de tus dos licenciaturas. Luego te fuiste a Francia; allí viviste, según tus cartas, como un recluso; concedías poca importancia al brillante marco que limitaba tu mirada, pero admirabas el sentido profundo de una historia que hizo prodigios, de una inmensa cultura en la que te sumergías. El cutis lechoso de las mujeres no te sedujo. Siempre según tus cartas, “la única superioridad que la mujer blanca posee sobre la negra en el aspecto estrictamente físico, es la variedad de color, la abundancia, la longitud y la suavidad del cabello. También está la mirada, que puede ser azul, verde, a menudo color de miel nueva”. Te lamentabas también de los cielos sombríos en los que no se mecen las copas de los cocoteros. Extrañabas “el contoneo de las negras en las aceras”, esa graciosa lentitud propia del África que encantaba tus ojos. Te afectaba hasta las entrañas el ritmo intenso de la gente y el entumecimiento

del frío. Concluías diciendo que te dedicabas de lleno a los estudios. Concluías colmándome de ternezas. Concluías tranquilizándome: “Tú eres la que llevo en mí. Tú eres mi negra protectora. Quisiera verte pronto sólo para sentir la presión de tus manos que me hará olvidar hambre, sed y soledad”.

Y volviste triunfante. ¡Licenciado en derecho! A pesar de tu voz y de tus dotes de orador, al brillo del abogado preferiste un trabajo oscuro, menos remunerado pero más constructivo para tu país.

Tus hazañas no terminaron allí. La llegada de tu amigo Mawdo Bâl a nuestro círculo cambiaría la vida de mi mejor amiga, Aïssatou.

Ya no me burlo de las reticencias de mi madre con respecto a ti, pues el instinto de una madre presente dónde está la felicidad de su hija. Ya no me burlo al pensar que ella te encontraba demasiado hermoso, demasiado pulcro, demasiado perfecto para hombre. Hablaba a menudo de la visible separación de tus dos primeros incisivos superiores, signo de predominio de la sensualidad en el individuo. ¡Qué no hizo desde entonces para separarnos! De ti, sólo veía el eterno traje caqui, el uniforme de tu escuela. De ti, sólo tenía en cuenta las visitas demasiado largas. Tú eras ocioso —decía— y por eso podías perder el tiempo. Y ese tiempo lo empleabas en “llenarme la cabeza” en detrimento de jóvenes más interesantes.

Pues, como primeras pioneras de la liberación

de la mujer africana, éramos poco numerosas. Algunos hombres nos consideraban locas. Otros nos señalaban como demonios. Pero muchos querían poseernos. ¡Cuántos sueños alimentamos sin esperanza, cuántos que habrían podido concretarse en felicidad durable y que defraudamos para abrazar otros que estallaron lamentablemente como pompas de jabón, dejándonos las manos vacías!

Aïssatou, jamás olvidaré a la mujer blanca que fue la primera en desear para nosotros un destino “fuera de lo común”. Reencontremos juntas nuestra escuela, verde, rosada, azul, amarilla, verdadero arco iris. Verde, azul y amarillo, el color de las flores que invadían el patio; rosado el de los dormitorios de camas impecablemente tendidas. Nuestra escuela. Escuchemos vibrar sus paredes con nuestro entusiasmo por el estudio. Revivamos la embriaguez de su atmósfera, las noches, cuando resonaba llena de esperanza la canción vespertina, nuestra plegaria en común. El reclutamiento que se hacía mediante concursos, según las normas de la ex África Occidental Francesa, desmembrada ahora en repúblicas autónomas, permitía una fructífera mezcla de inteligencias, de caracteres, de hábitos y costumbres diferentes. Nada distinguía, aparte de los rasgos específicamente raciales, a la *fon* del

Dahomey de la *malinké* de Guinea. Se hacían amistades, que resistieron el tiempo y la distancia. Éramos verdaderas hermanas destinadas a la misma misión emancipadora.

Sacarnos del estancamiento de las tradiciones, supersticiones y costumbres; hacernos apreciar las múltiples civilizaciones, sin renegar de la nuestra; elevar nuestra visión del mundo, cultivar nuestra personalidad, afianzar nuestras cualidades, dominar nuestros defectos; hacer fructificar en nosotras los valores de la moral universal; ésa fue la tarea que se impuso la admirable directora. La palabra “amar” tenía para ella una resonancia particular. Nos amaba sin paternalismo, con nuestras trenzas tiesas o plegadas, con nuestras camisolas, nuestras túnicas. Supo descubrir y apreciar nuestras cualidades.

¡Cómo pienso en ella! Si su recuerdo resiste victorioso la ingratitud del tiempo, ahora que las flores ya no perfuman tanto como antes, que la madurez y la reflexión despojan a nuestros sueños de lo maravilloso, es porque el camino elegido para nuestra formación y desarrollo no fue fruto del azar. Concuerta con las profundas opciones de la nueva África para emancipar a la mujer negra.

Liberada pues de los tabúes que frustran, capaz de analizar, ¿por qué debía yo obedecer al índice de mi madre que me señalaba a Daouda Dieng, soltero todavía pero demasiado maduro para mis dieciocho años? Ejercía la profesión de médico africano en la

policlínica, lo que le otorgaba una desahogada posición que sabía aprovechar. Su casa, encaramada sobre un peñasco del camino de cornisa, frente al mar, era el lugar de reunión de lo mejor de la juventud. Allí nada faltaba, desde la heladera en la que aguardaban deliciosas bebidas hasta el fonógrafo que destilaba música tan pronto lánguida como de sones endiablados.

Daouda Dieng sabía también conquistar los corazones. Obsequios útiles para mi madre, que iban desde la bolsa de arroz, valiosa en aquel período de penurias de guerra, hasta el regalo fútil para mí, envuelto con esmero en papeles y cintas. Pero yo prefería al hombre del eterno traje caqui. Nuestra boda se celebró sin dote, sin boato, ante las miradas desaprobadoras de mi padre, ante la dolorosa indignación de mi madre frustrada, ante los sarcasmos de mis sorprendidas hermanas, en nuestra ciudad muda de asombro.

8

Luego fue tu boda con Mawdo Bâ, recién egresado de la Escuela Africana de Medicina y Farmacia. Una boda controvertida. Todavía oigo los indignados rumores de la ciudad:

—¡Qué! ¿Un *toucoule* uniéndose a la hija de un orfebre? ¡Jamás hará fortuna!

—La madre de Mawdo es una Dioufene, Guélewar¹² del Sine. ¡Qué bofetada para ella ante sus ex coesposas! (el padre de Mawdo había muerto).

—¡Or querer casarse a cualquier precio con una emancipada ¡vean con lo que se ensarta!

—Las escuelas transforman a nuestras muchachas en demonios que apartan a los hombres del camino recto.

Y mucho más. Pero Mawdo se mantuvo firme.

¹² Personaje prominente de la región.

—El matrimonio es algo personal —contestaba a quien quisiera oírlo.

Subrayaba su adhesión total a la elección de su vida visitando a tu padre, no en su domicilio sino en su lugar de trabajo. Volvía de esos paseos como iluminado, feliz de haber “elegido bien”, exultante. Hablaba de tu padre, un “creador”. Admiraba a ese hombre, debilitado por las dosis diarias de óxido de carbono absorbido desde que trabajaba en la acritud de los hornos polvorientos. El oro es su material, que él funde, moldea, retuerce, aplana, afina, cincela.

—Hay que verlo —añadía Mawdo—. Hay que verlo soplar la llama.

Sus mejillas se hinchaban con la vida de sus pulmones. Esa vida animaba la llama tan pronto roja como azul que se elevaba o se curvaba, se debilitaba o se intensificaba a su voluntad y de acuerdo con los requerimientos de la obra. Y las pepitas de oro en los haces de chispas rojas, y el canto rudo de los aprendices que seguían con el compás los golpes del martillo de los unos y la presión de las manos de los otros en los fuelles, haciendo volverse a los transeúntes.

Tu padre, Aïssatou, conocía todos los ritos que protegen el trabajo del oro, metal de los *Djin*.¹³ Cada oficio tiene su código que sólo poseen los ini-

¹³ Espíritus invisibles que pueden ser nefastos.

ciados y que se trasmite de padres a hijos. Tus hermanos mayores, desde su salida de la cabaña de los circuncisos, penetraron en ese universo particular que brinda el mijo nutricio de la concesión.

¿Pero tus hermanos menores? Sus pasos se encaminaron hacia la escuela de los blancos.

El ascenso es penoso por la dura ladera del saber en la escuela de los blancos:

El jardín de infantes sigue siendo un lujo que sólo los ricos ofrecen a sus hijos. Es necesario, sin embargo, pues aguza y canaliza la atención y los sentidos del pequeño.

El acceso a la escuela primaria, aunque éstas proliferan, no deja de ser difícil. Queda en la calle un número impresionante de niños, faltos de lugar.

Entrar a la escuela secundaria no es ninguna salvación para los alumnos, que a esa edad se enfrentan a la afirmación de su personalidad, al estallido de su pubertad y al descubrimiento de emboscadas que tienen nombres propios: droga, vagancia, sexo.

También la universidad tiene sus rechazos exorbitantes y desesperados.

¿Qué harán los que no triunfen? El aprendizaje de un oficio tradicional resulta degradante para quien tiene un mediocre saber libresco. Se sueña con ser viajante. Se desprecia la cuchara de albañil.

La cohorte de los sin oficio engrosa las filas de los delincuentes.

¿Teníamos que alegrarnos por la deserción de las forjas, de los talleres, de la tienda del remendón? ¿Teníamos que alegrarnos sin albergar ningún temor? ¿No estábamos asistiendo al comienzo de la desaparición de los mejores artesanos tradicionales?

Eternos interrogantes de nuestros eternos debates. Todos estábamos de acuerdo en que tendrían que producirse resquebrajaduras para que se modernizaran las tradiciones. Divididos entre el pasado y el presente, deplorábamos lo que tal vez habría de desaparecer... Calculábamos las posibles pérdidas. Pero sentíamos que ya nada sería como antes. Estábamos llenos de nostalgia, pero éramos resueltamente progresistas.

9

Mawdo te elevó a su nivel, él, hijo de princesa, a ti, hija de las forjas. El rechazo de su madre no lo atemorizaba.

Nuestras existencias marchaban a la par. Conocíamos los enojos y las reconciliaciones de la vida conyugal. Soportábamos de diferente manera las obligaciones sociales y el peso de las costumbres. Yo amaba a Modou. Me llevaba bien con los suyos. Toleraba a sus hermanas que con demasiada frecuencia desertaban de sus hogares para ocupar el mío. Se dejaban alimentar y mimar. Observaban, sin reaccionar, a sus hijos bailando sobre mis sillones. Yo toleraba los escupitajos deslizados diestramente debajo de mis alfombras.

Su madre venía una y mil veces, al antojo de su paseos, siempre flanqueada de amigas diferentes para mostrarles el éxito social de su hijo y, sobre todo, para hacerles palpar su supremacía en esa hermosa

casa que ella no habitaba. Yo la recibía con todas las consideraciones debidas a una reina y ella se marchaba satisfecha, más aún si su mano aprisionaba el billete de Banco que yo colocaba hábilmente en ella. Pero en cuanto salía de la casa, ya pensaba en la nueva tanda de amigas a las que debía deslumbrar próximamente.

El padre de Modou era más comprensivo. La mayoría de las veces nos visitaba sin siquiera sentarse. Aceptaba un vaso de agua fresca y se iba después de renovar sus oraciones por la protección de la casa.

Yo sabía sonreír a los unos y a los otros y aceptaba perder un tiempo útil en fútiles palabras. Mis cuñadas me creían alejada de los quehaceres domésticos.

—¡Con tus dos sirvientas! —insistían.

Vaya uno a explicarles que una mujer que trabaja no es menos responsable de su hogar. Vaya uno a explicarles que nada anda bien sin nuestra intervención, que hay que verificarlo todo, a menudo rehacerlo todo: limpieza, cocina, planchado. Hay que lavar a los niños, cuidar al marido. La mujer que trabaja tiene dos cargas, tan agobiante una como otra, que trata de conciliar. ¿Cómo conciliarlas? En ello estriba todo un arte que diferencia a los hogares.

Algunas de mis cuñadas no envidiaban demasiado mi manera de vivir. Me veían trajinando en ca-

sa después del duro trabajo de la escuela. Apreciaban su comodidad, su tranquilidad espiritual, sus momentos de ocio, y se dejaban mantener por sus maridos, agobiados bajo el peso de sus obligaciones.

Otras, de pensamiento limitado, envidiaban mis comodidades y mi poder adquisitivo. Se extasiaban ante los numerosos “lujos” de mi casa: horno de gas, picadora de verduras, pinza de azúcar. Olvidaban la fuente de esas comodidades: primera en levantarme, última en acostarme, siempre trabajando...

Tú, Aïssatou, dejaste a tu familia política atrincherada en su despectiva dignidad. Te lamentabas:

—Tu familia política te estima. Debes tratarla bien. A mí la mía me mira desde lo alto de su nobleza venida a menos. ¿Qué puedo hacer?

Mientras la madre de Mawdo pensaba en su venganza, nosotras vivíamos: entre varias parejas organizábamos fiestas de Navidad cuyos gastos compartíamos equitativamente y que realizábamos por turno en cada casa. Exhumábamos sin complejos los bailes de antaño: beguines ardientes, rumbas frenéticas, lánguidos tangos. Nos reencontrábamos con los viejos latidos de nuestros corazones que fortalecían nuestros sentimientos.

Salíamos también de la asfixiante ciudad para aspirar el aire puro de los suburbios marinos.

Recorríamos el camino de cornisa de Dakar,

uno de los más bellos del África occidental, verdadera obra de arte de la naturaleza. Peñascos redondeados o puntiagudos, negros u ocres, dominaban el océano. La vegetación, a veces verdaderos jardines colgantes, florecía bajo el limpio cielo. Desembocábamos en la ruta de Duakam que lleva también a Ngor, y, más lejos, al aeropuerto de Yoff. Recorriamos de paso la callejuela que se hunde en la playa de los Almadies.

Nuestro alto preferido era la playa de Ngor, situada en el pueblo del mismo nombre, donde viejos y barbados pescadores remendaban sus redes bajo los *bentenniers*.¹⁴ Desnudos niños mocosos jugaban con toda libertad, si no nadaban en el mar.

Sobre la arena fina, mojada por las olas y rezumando agua, las piraguas, pintadas con ingenuidad, aguardaban su turno de ser lanzadas al mar. En sus cascos brillaban pequeños charcos azules llenos de cielo y sol.

¡Qué gentío los días de fiesta! Por allí deambulaban numerosas familias, sedientas de espacio y de aire puro. Se desnudaban sin complejos, todos tentados por la caricia bienhechora de la yodada brisa y la tibieza de los rayos solares. Dormitaban, ociosos, bajo las sombrillas abiertas. Algunos niños, con palas y baldes en las manos, construían y demolían los castillos de su imaginación.

¹⁴ Árbol.

A la tarde volvían los pescadores de su laboriosa faena. Habían escapado una vez más de la moviente celada del mar. Simples líneas negras en el horizonte, las barcas se iban diferenciando unas de otras a medida que se aproximaban. Danzaban en el hueco de las olas, luego se dejaban llevar. Los pescadores bajaban alegremente velas y materiales. Mientras algunos amontonaban la estremecida recolección, otros retorcían sus ropas empapadas y se secaban la frente.

Ante los maravillados ojos de los niños, los pescados vivos saltaban mientras se retorcían las largas serpientes de mar. ¡Nada más hermoso que un pez al salir del agua, con sus ojos claros y frescos, sus escamas doradas o plateadas y sus bellos reflejos azulados!

Las manos seleccionaban, agrupaban, repartían. Hacíamos interesantes provisiones para la casa.

El aire marino nos incitaba al buen humor. El placer que experimentábamos y que halagaba todos nuestros sentidos, embriagaba sanamente tanto al rico como al pobre. Nuestra comunión con la naturaleza profunda, insondable e ilimitada, nos desintoxicaba el alma. Se iban el desaliento y la tristeza, súbitamente reemplazados por sentimientos de plenitud y serenidad.

Revigorizados, retomábamos el camino de nuestros hogares. ¡Poseíamos el secreto de los place-

res simples, curas bienhechoras en los días tormentosos!

¿Recuerdas las comidas campestres organizadas en Sangalkam, en el campo que Mawdo Bâ heredara de su padre? Sangalkam sigue siendo el refugio de los habitantes de Dakar, ansiosos por romper con el frenesí de la ciudad. Lindan unas con otras muchas propiedades compradas por gente joven que ha establecido allí verdaderas residencias de verano. Esos espacios verdes son propicios para el descanso, la meditación y la expansión de los niños. La ruta de Rufisque lleva a ese oasis.

La madre de Mawdo se había ocupado del campo antes del casamiento de su hijo. El recuerdo de su marido la mantenía aferrada a esa parcela de tierra donde sus manos juntas y pacientes habían disciplinado la vegetación que maravillaba nuestros ojos.

Tú, por tu parte, habías añadido la pequeña construcción del fondo: tres habitaciones sencillas, un baño, una cocina. Habías llenado algunos rincones de abundantes flores, y hecho construir un gallinero, luego un corral para las ovejas.

Cocoteros de ramaje entrecruzado protegían del sol. Jugosos zapotillos se codeaban con las perfumadas granadas. Los pesados mangos, que costaba cargar, curvaban las ramas. Las papayas, semejantes a senos multiformes, permanecían tentadoras e inaccesibles en la cima de los esbeltos troncos.

Hojas verdes y hojas bronceadas, hierba

nueva y hierba seca cubrían el suelo. Bajo nuestros pasos las hormigas reconstruían incansablemente sus viviendas.

¡Qué tibia era la sombra sobre las reposeras armadas! Los equipos de juego se sucedían en medio del clamor victorioso y de los lamentos de la derrota.

¡Y nos hartábamos de frutos al alcance de la mano! ¡Y bebíamos la leche de los cocos! ¡Y contábamos cuentos “picantes”! ¡Y nos zarandeábamos incitados por los violentos ritmos de un fonógrafo! Y el cordero sazonado con pimienta, ajo, manteca, pimentón, se doraba al fuego de leña.

Y vivíamos. De pie, en nuestras clases sobrecargadas, éramos un impulso para cumplir el gigantesco esfuerzo en favor de la regresión de la ignorancia.

Cada profesión, intelectual o manual, merece consideración, ya requiera un penoso esfuerzo físico o destreza, vastos conocimientos o una paciencia de hormiga. La nuestra, como la del médico, no admite el error. No se juega con la vida, y la vida es al mismo tiempo el cuerpo y el espíritu. Deformar un alma es tan sacrílego como asesinar. Los educadores —tanto los de la escuela primaria como los de las universidades— forman un noble ejército, de hazañas cotidianas, jamás alabadas, jamás condecoradas. Ejército siempre en marcha, siempre vigilante. Ejército sin tambores, sin rutilantes uniformes. Ese ejército, desbaratando trampas y emboscadas, alza

por doquier la noble bandera del saber y la virtud.

¡Cómo amábamos ese sacerdocio, nosotras, humildes maestras de humildes escuelas de barrio! ¡Con cuánta fe servíamos a nuestra profesión y cuánto trabajábamos para honrarla! Como todo principiante, habíamos aprendido a practicarla bien en esa escuela anexa, situada a algunos metros de la nuestra, donde fogueadas maestras enseñaban a las novatas a poner en práctica, en las lecciones dadas, nuestros conocimientos de psicología y pedagogía... Estimulábamos las mareas infantiles que llevaban en sus repliegues un poco de nuestro ser.

Modou se elevaba hacia el primer puesto en las organizaciones sindicales. Su conocimiento de las personas y de las cosas le ganaba el aprecio de empleadores y de asalariados. Centraba sus esfuerzos en los puntos que era fácil satisfacer y que aliviaban el trabajo o alegraban la vida. Buscaba mejoras prácticas a la condición obrera. Su *slogan* era: “¿Para qué hacer brillar el espejismo de lo imposible? Obtener lo ‘posible’ ya es una victoria”.

Su punto de vista no lograba aprobación unánime, pero se confiaba en su realismo práctico.

Mawdo, falto de tiempo, no podía ocuparse del sindicalismo ni de la política. Su reputación de buen médico se consolidaba; permanecía prisionero de su misión en un hospital atestado de enfermos, pues éstos concurrían cada vez menos al curandero, especialista en las mismas cocciones de hojas para enfermedades diferentes.

Todo el mundo leía diarios y revistas. África del Norte adelantaba.

¿Esas interminables discusiones en las que se aliaban o se enfrentaban, se complementaban o se rechazaban los puntos de vista, le dieron un rostro a la nueva África?

Llevando el casco sobre la protección natural de nuestros crespos cabellos, humeantes pipas en la boca, *shorts* blancos sobre las pantorrillas, vestidos muy cortos que dejaban al descubierto las torneadas piernas, toda una generación tomó súbitamente conciencia del ridículo que se incubaba en el sueño asimilacionista del colonizador, que atraía a su crisol nuestro pensamiento y nuestra manera de ser.

La historia avanzaba, inexorable. El debate en busca del camino justo sacudía al África occidental. Hombres valerosos conocieron la cárcel; otros, siguiendo sus pasos, continuaron la obra comenzada.

Privilegio de nuestra generación, ubicada entre dos períodos históricos, uno de dominación, el otro de independencia. Seguíamos siendo jóvenes y eficaces, pues éramos portadores de proyectos. Después de conquistar la independencia, asistíamos a la eclosión de una República, al nacimiento de un himno y a la implantación de una bandera.

Yo oía repetir que todas las fuerzas vivas del país debían movilizarse. Y decíamos que, más allá de la inevitable inclinación por uno u otro partido, por tal o cual modelo de sociedad, era indispensable

la unidad nacional. Muchos de nosotros se unían al partido dominante, infundiéndole sangre nueva. Ser productivo en la contienda era mejor que cruzarse de brazos o atrincherarse detrás de ideologías importadas.

Con sentido práctico, Modou conducía a los sindicatos a colaborar con el gobierno, sin pedir para sus hombres más que lo posible. Pero protestaba contra la creación apresurada de numerosas embajadas, que él consideraba onerosas para nuestro país subdesarrollado. ¡Cuánto dinero perdido en esa sangría por el oropel y en tantas otras más, como las invitaciones frecuentes a extranjeros! Y, pensando en sus asalariados, seguía protestando:

—¡Cuántas escuelas o equipos de hospitales perdidos! ¡Cuántos aumentos de salarios! ¡Cuántas rutas asfaltadas!

Mawdo y tú lo escuchabais. Estábamos en la cima, mientras que tu suegra, que te veía brillar junto a su hijo, que veía a su hijo frecuentar asiduamente la forja de tu padre y a tu madre engordar y vestirse mejor, pensaba más y más en su venganza.

Sé que te perturbo, que remuevo un cuchillo en una herida apenas cicatrizada, pero ¿qué quieres?, no puedo dejar de recordar en esta soledad y reclusión forzadas.

La madre de Mawdo es tía Nabou para nosotros y Seynabou para los demás. Tenía un glorioso apellido del Sine: Diouf. Desciende de Bour-Sine. Vivía en el pasado sin tomar conciencia del mundo que cambiaba. Se obstinaba en las antiguas verdades. Fuertemente aferrada a sus orígenes privilegiados, creía con convicción que la sangre es portadora de virtudes y repetía, meneando la cabeza, que la falta de nobleza en la cuna se manifiesta después en el comportamiento. Y la vida no le ahorró sufrimientos a la madre de Mawdo Bâ. Perdió joven a su marido amado, crió valerosamente a su primogénito Mawdo y a otras dos hijas, ahora casadas... y bien casadas. Consagraba un amor de tigresa a su “único

hombre”, Mawdo Bâ, y cuando juraba por la nariz —símbolo de la vida— de su “único hombre”, estaba todo dicho. Ahora, su “único hombre” se le escapaba por culpa de esa maldita hija de un orfebre, peor que una *griote*. La *griote* da buena suerte. ¡Pero la hija de un orfebre!... Va quemando todo a su paso como el fuego de una fragua.

Mientras nosótras vivíamos tranquilas considerando tu matrimonio como un problema superado, la madre de Mawdo pensaba día y noche en la manera de vengarse de ti, la hija del orfebre.

Un buen día decidió visitar a su hermano menor, Farba Diouf, jefe consuetudinario de Diakhao. Eligió cuidadosamente algunos vestidos y los acomodó en una valija que me pidió prestada; amontonó en un cesto algunas compras: provisiones y alimentos apreciados o raros en el Sine (fruta de Francia, quesos, golosinas), juguetes para sus sobrinos, cortes de género destinados a su hermano y a sus cuatro mujeres.

Recurrió a Modou por algunos billetes cuidadosamente doblados y ordenados en su billetera. Se hizo peinar; se tiñó pies y manos con alheña. Una vez vestida, adornada, partió.

Hoy en día la ruta de Rufisque se bifurca en el cruce de Diamniadio: a la derecha la Nacional I lleva, pasando por Mbour, al Sine-Saloum, mientras que la Nacional II, después de atravesar Thiès y Tivaouane, cuna del tidianismo, corre hacia Saint-

Louis, antigua capital del Senegal. Tía Nabou no disponía de esas cómodas vías de comunicación. Dentro del autobús y por el accidentado camino de tierra, se refugiaba emocionada en sus recuerdos. La velocidad vertiginosa del vehículo que la llevaba hacia los lugares de su infancia, no le impedía reconocer el paisaje familiar. Allí estaba Sindia, luego a la izquierda Popenguine donde las *gourmettes*¹⁵ festejan Pentecostés.

¡Cuántas generaciones ha visto desfilar ese mismo paisaje inmóvil! Tía Nabou confirmaba la vulnerabilidad de los seres frente a la eternidad de la naturaleza. Por su duración, la naturaleza desafía al tiempo y se toma su desquite sobre los hombres.

Los baobabs tendían hacia el cielo los nudos gigantescos de sus ramas; algunas vacas atravesaban lentamente el camino desafiando con su triste mirada a los vehículos; pastores de pantalones abullonados arreaban a las bestias con un palo al hombro en la mano. Hombres y animales se confundían como en un cuadro surgido del fondo de los tiempos.

Tía Nabou cerraba los ojos cada vez que el autobús se cruzaba con otro vehículo. Sobre todo la asustaban los grandes camiones y sus enormes cargas.

Todavía no se había edificado la bella mezquita Medinatou-Minaouara a la gloria del Islam, pero

¹⁵ *Gourmettes*: católicas.

con el mismo piadoso entusiasmo hombres y mujeres oraban a la vera del camino.

—Para convencerse de la supervivencia de las tradiciones hay que salir de Dakar —murmuraba tía Nabou.

A la izquierda, los espinos bordeaban el bosque de Ndiassane; los monos escapaban de él.

Pasaron por Thiadiaye, Tataguine, Diouroupe, luego Ndioudioug y finalmente Fatick, capital del Sine. Resoplando y humeando, el autobús tomó hacia la izquierda. Baches, más baches todavía. Por fin Diakhao, Diakhao la Real, Diakhao, cuna y sepultura de los Bour-Sine, Diakhao de sus ancestros, Diakhao la bienamada, con su antiguo palacio.

Los mismos tristes sentimientos embargaban su corazón en cada visita al dominio familiar.

Antes que nada, agua para las abluciones y una estera para orar y recogerse ante la tumba del abuelo. Luego paseó la mirada llena de tristeza y cargada de historia sobre las otras tumbas. Allí los muertos cohabitaban con los vivos en el recinto familiar: cada rey, al volver de su consagración, plantaba en el patio dos árboles que delimitaban su última morada. Tía Nabou lanzó hacia esos hitos mortuorios versículos salmodiados con fervor. La máscara de su rostro era trágica en esos lugares que cantaban el pasado al son de los *djoudjound*.¹⁶

¹⁶ Tambor real del Sine.

—Tu existencia, Aïssatou, nunca empañará su noble descendencia —juró.

Asociando en su pensamiento ritos antiguos y religión, recordó la leche que había que verter en el Sine¹⁷ para apaciguar a los espíritus invisibles. Mañana iría a hacer sus ofrendas al agua para protegerse del mal de ojo y ganarse al mismo tiempo la simpatía de los *tours*.¹⁸

Recibida como una reina, pronto se reinstaló en sus prerrogativas de hermana mayor del amo de la casa. Sólo se le hablaba con una rodilla en tierra. Comía aparte, sirviéndosele lo mejor que había en las marmitas.

De toda la región acudieron visitantes para honrarla, recordándole así la veracidad de la ley de la sangre. Resucitaron para ella las hazañas del abuelo Bour-Sine, la polvareda de los combates y el ardor de los caballos pura sangre... Extrajo nueva fuerza y valor de las cenizas ancestrales removidas al son ecléctico de los *koras*, embriagada de pesados aromas y de incienso quemado. Llamó a su hermano.

—Necesito —le dijo— una niña a mi lado para alegrar mi corazón; necesito que esa niña sea a la vez mis piernas y mi brazo derecho. Estoy envejeciendo. La convertiré en mi otro yo. Mi hogar está vacío desde que mis hijos se casaron.

¹⁷ Río subterráneo.

¹⁸ Compañeros invisibles.

Pensaba en ti perfilando su venganza, pero se guardó muy bien de mencionarte, de hablar del odio que le inspirabas.

—¡Que no haya obstáculos! —replicó Farba Diouf—. Nunca te propuse educar a una de mis hijas por temor a fatigarte. Los jóvenes de hoy son difíciles de manejar. Toma a la pequeña Nabou, tu tocaya. Es tuya. Sólo te pido sus huesos.

Satisfecha, tía Nabou rehízo su valija y puso en el cesto todo lo que se encuentra en el campo y es apreciado en la ciudad: alcuzcuz seco, pasta de maní tostado, mijo, huevos, leche, gallinas. Con la pequeña Nabou bien sujeta en su mano derecha, retomó el camino de vuelta.

12

Al devolverme mi valija, tía Nabou me presentó a la pequeña Nabou; también la presentó en todas las casas amigas.

Me ocupé de que la niña entrara a la escuela francesa. Madurando a la sombra protectora de su tía, aprendía el secreto de las salsas deliciosas y cómo manejar plancha y mortero. Su tía no dejaba de recordarle su origen real y le enseñaba que la primera cualidad de una mujer es la docilidad.

Después de obtener su certificado de estudios y de algunos años en el liceo, tía Nabou aconsejó a su sobrina que pasara el examen de ingreso a la Escuela de Parteras del Estado:

—Esa escuela está bien. Allí se educa. No hay guirnalda sobre las cabezas. Niñas sobrias, sin aros en las orejas, vestidas de blanco, el color de la pureza. El oficio que allí aprenderás es hermoso; te ganarás la vida y obtendrás gracias para el paraíso, ayu-

dando a nacer a servidoras de Mohamed.¹⁹ En verdad, no hay que ampliar demasiado la instrucción de una mujer. Además, me pregunto cómo puede una mujer ganarse la vida hablando de la mañana a la noche.

La joven se hizo pues partera. Un buen día, tía Nabou llamó a Mawdo y le dijo:

—Mi hermana Farba te ha concedido a la pequeña Nabou como esposa, para agradecerme la manera digna en que la eduqué. Si no la aceptas nunca me recuperaré. La vergüenza mata más rápido que la enfermedad.

Yo sabía. Modou sabía. La ciudad sabía. Tú, Aïssatou, no sospechabas nada y seguías radiante.

Y porque su madre había fijado fecha para la noche de bodas, Mawdo tuvo al fin el coraje de decirte lo que todas las mujeres susurraban: tenías una coesposa.

—Mi madre está vieja —te dijo—. Los golpes de la vida y las decepciones han debilitado su corazón. Si desprecio a esa niña, morirá. Es el médico quien habla, no el hijo. Piensa pues, la hija de su hermano, educada por ella, rechazada por su hijo. ¡Qué vergüenza ante la sociedad!

Y para que “su madre no muriese de vergüenza y de pena” Mawdo decidió asistir a la cita de la noche de bodas. ¿Qué podía Mawdo Bâ contra esa madre rígida, formada en la moral de antes, enardecida in-

¹⁹ El profeta Mahoma.

teriormente por las feroces leyes antiguas? Él envejecía, desgastado por su trabajo agobiador, y luego ¿quería acaso luchar, esbozar aunque más no fuera un gesto de resistencia? ¡La pequeña Nabou era tan atractiva!...

Entonces, tú ya no contaste más, Aïssatou. ¿Y el tiempo y el amor que consagraste a tu hogar? Bagatelas pronto olvidadas. ¿Y tus hijos? No pesaron demasiado en esa reconciliación de una madre y su “único hombre”; tú ya no contaste, como tampoco contaron tus cuatro hijos, que jamás podrían igualarse a los de la pequeña Nabou.

De los hijos de ella, los *griots* dijeron alabándolos: “La sangre ha vuelto a sus fuentes”.

Tus hijos no contaban. La madre de Mawdo, una princesa, no se reconocería en los hijos de la hija de un orfebre.

Y además, ¿puede la hija de un orfebre tener dignidad, honor? Era como si se preguntaran si tenías un corazón, una carne. ¡Ah! Para algunos, el honor y el dolor de la hija de un orfebre son menores, menores que el honor y el dolor de una Guélewar.²⁰

Mawdo no te rechazaba. Iba a cumplir con su deber y deseaba que tú siguieras a su lado. La pequeña Nabou residiría siempre con su madre; era a ti a quien amaba. Día por medio iría por la noche a casa de su madre a ver a la otra esposa, para que su

²⁰ Princesa del Sine.

madre “no muriese”, para “cumplir con un deber”.

¡Cuánto más grande fuiste tú que los que socavaban tu felicidad!

Te aconsejaban soluciones de compromiso: “No se quema un árbol que da frutos”.

Te amenazaban en tu carne: “Los niños no pueden triunfar sin su padre”.

No hiciste caso.

Esas verdades de compromiso que antaño hacían que muchas mujeres indignadas agacharan la cabeza, no operaron el milagro deseado; no te apartaron de tu decisión. Elegiste la ruptura, una partida sin retorno con tus cuatro hijos, dejando bien a la vista, sobre la cama que fue vuestra, aquella carta destinada a Mawdo de cuyo contenido me acuerdo exactamente:

Mawdo:

Las princesas dominan sus sentimientos para cumplir con su deber. Las “otras” inclinan la nuca y aceptan en silencio un humillante destino.

Tal es, esquemáticamente, el reglamento interno de nuestra sociedad con sus absurdas diferencias. No me someteré a él. No puedo sustituir la felicidad que fue nuestra por ésta que ahora me propones. Quieres disociar el Amor, simplemente, del amor físico. Yo te contesto que la comunión carnal no puede existir sin la aceptación del corazón, por mínima que sea.

Si puedes procrear sin amar, sólo para satisfacer el orgullo de una madre declinante, te encuentro vil. Caes así del peldaño superior de la respetabilidad en que te había colocado. Es inadmisibile tu razonamiento que nos separa por un lado a mí, “tu vida, tu amor, tu elegida” y por el otro “a la pequeña Nabou que se soporta por deber”.

Mawdo, el hombre es uno: grandeza y animalidad reunidas. Ningún gesto de su parte es puro ideal. Ningún gesto de su parte es pura bestialidad.

Me despojo de tu amor, de tu apellido. Vestida con el único ropaje válido de la dignidad, prosigo mi camino.

Adiós.

Aïssatou.

Y partiste. Tuviste el sorprendente coraje de enfrentarte. Alquilaste una casa y te instalaste en ella. Y, en vez de mirar al pasado, pusiste obstinadamente tus ojos en el futuro. Te propusiste un difícil objetivo; y más que mi presencia o mi aliento, te salvaron los libros. Convertidos en tu refugio, ellos te sostuvieron.

Poder de los libros, invención maravillosa de la astuta inteligencia humana. Signos diversos asociados en sonidos; sonidos diferentes que moldean las palabras. Combinación de las palabras de donde surge la idea, el Pensamiento, la Historia, la Ciencia, la Vida. Instrumento único de relación y de cul-

tura, medio inigualable de dar y recibir. Los libros atan a las generaciones a la misma labor continua y progresista. Te permitieron superarte. Lo que la sociedad te negaba, ellos te lo dieron: exámenes aprobados con éxito te llevaron a ti también a Francia. La escuela de intérpretes de la que egresaste posibilitó tu nombramiento en la Embajada de Senegal en los Estados Unidos. Te ganas el sustento con holgura. Vives tranquila, como tus cartas me lo dicen, resueltamente apartada de los buscadores de placeres efímeros y de relaciones fáciles.

¿Mawdo? Se reconcilió con su familia. Los de Diakhao invaden su casa; los de Diakhao apoyan a la pequeña Nabou. Pero —y Mawdo lo sabe—, no hay comparación posible entre tú y ella; tú, tan hermosa, tan dulce; tú, que sabías enjugar la frente de tu marido; tú, que experimentabas por él una ternura profunda, porque era desinteresada; tú, que sabías encontrar las palabras justas para distraerlo.

¿Mawdo? ¿Qué no decía!:

—Estoy desorientado. No pueden cambiarse las costumbres de un hombre hecho. Busco camisas y pantalones en sus antiguos lugares y sólo palpo el vacío.

Yo no lo compadecía.

—Mi casa es un suburbio de Diakhao. Imposible descansar en ella. Todo está sucio. La pequeña Nabou les da mis provisiones y mi ropa a los visitantes.

Yo no escuchaba a Mawdo.

—Me dijeron que te vieron en compañía de Aïssatou ayer. ¿Es verdad? ¿Está aquí? ¿Cómo se encuentra? ¿Y mis hijos?

Yo no le respondía.

Pues Mawdo era para mí un enigma así como, a través de él, todos los hombres. Tu partida lo quebrantó. Su tristeza era evidente. Cuando hablaba de ti, las inflexiones de su voz se endurecían. Pero su aspecto desengañado, las críticas acerbas a su hogar, sus palabras de reproche, no impedían que el vientre de Nabou se hinchara periódicamente. Habían nacido dos varones.

Cuando yo lo ponía ante ese hecho evidente, pruebas de sus comuniones íntimas con la pequeña Nabou, Mawdo se enfurecía. Su mirada me fustigaba:

—¡Vamos, no te hagas la idiota! ¿Cómo quieres que un hombre permanezca insensible como una piedra al contacto permanente de la mujer que vive en su casa?

Y añadía, demostrativo:

—Vi una película en la que los sobrevivientes de una catástrofe aérea pudieron salvarse comiendo la carne de los cadáveres. Ese hecho demuestra la fuerza de los instintos ocultos en el hombre, instintos que lo dominan, sea cual fuera su nivel de inteligencia. Deja de lado tu exceso de sentimentalismo soñador. Acepta la realidad con toda su cruda fealdad.

''Es imposible resistir a las leyes imperiosas que exigen al hombre alimento y ropa. Esas mismas leyes empujan al ''macho'' hacia una mujer. Y digo ''macho'' para acentuar la bestialidad de los instintos... Tú comprendes... Una mujer debe comprender de una vez por todas y perdonar; no debe sufrir pensando en las ''traiciones'' carnales. Lo que importa es lo que hay aquí, en el corazón; lo que une a dos seres en su interior...

''Acorralado hasta los límites extremos de la resistencia, me alimento de lo que encuentro a mi alcance. Es feo decirlo. La verdad es fea cuando se la analiza.

Así, para justificarse, rebajaba a la pequeña Nabou a la categoría de ''alimento''. Así, para cambiar de ''sabor'', los hombres engañan a sus mujeres.

Yo estaba ofuscada. Me pedía comprensión. Pero, ¿comprender qué? ¿La supremacía del instinto? ¿El derecho a la traición? ¿La justificación del deseo de cambio? Yo no podía ser la aliada de los instintos poligámicos.

¡Cómo envidiaba tu tranquilidad en ocasión de tu último viaje! Allí estabas, libre de la máscara del sufrimiento. Tus hijos crecían bien, contrariamente a las predicciones. No te preocupabas por Mawdo. Sí, allí estabas, después de aplastar al pasado bajo el talón. Allí estabas víctima inocente de una injusta causa y valiente pionera de una vida nueva.

Mi drama sobrevino tres años después del tuyo. Pero, contrariamente a tu caso, el punto de partida no fue mi familia política. Tuvo sus raíces en el mismo Modou, mi marido.

Mi hija Daba preparaba su examen del bachillerato y a menudo traía a casa compañeras de estudio. La mayor parte de las veces era la misma jovencita, algo tímida, débil, visiblemente incómoda en nuestro ambiente. ¡Pero cuán bonita era al salir de la infancia, con sus vestidos descoloridos pero limpios! Su belleza resplandecía, pura. Las armoniosas curvas de su cuerpo no podían pasar inadvertidas.

Yo veía que a veces Modou se interesaba en el grupo. No me preocupaba en absoluto; tampoco cuando lo oía ofrecerse para llevar a Binetou en auto “a causa de la hora tardía”, según él afirmaba.

Mientras tanto Binetou iba cambiando. Ahora llevaba vestidos *prêt-à-porter* muy costosos. Le

explicaba a mi hija, sonriendo con mucha picardía:

—Salen del bolsillo de un viejo.

Luego, un día, al volver de la escuela, Daba me contó que Binetou tenía un grave problema:

—El viejo de la ropa *prêt-à-porter* quiere casarse con ella. ¡Imagínate! y sus padres quieren sacarla de la escuela, a pocos meses de los exámenes finales, para que se case.

—Aconséjala que se resista —le dije.

—¿Y si ese hombre le propone una casa, la Meca para sus padres, auto, renta mensual, alhajas?

—Todo eso no vale el capital de la juventud.

—Pienso como tú, mamá. Le diré a Binetou que no ceda; pero su madre es una mujer que ansía tanto salir de su condición mediocre y que lamenta tanto su belleza marchita junto al humo de los fuegos de leña, que mira con envidia lo que yo llevo; vive quejándose todo el santo día.

—Lo esencial es Binetou. Que no ceda.

Y después, algunos días más tarde, Daba reanudó el diálogo con su sorprendente final:

—¡Mamá! Binetou, desconsolada, se casa con su “viejo”. ¡Su madre lloró tanto! ¡Le suplicó tanto que le diera “un fin feliz en una verdadera casa” como el hombre le prometió! Entonces cedió.

—¿Y cuándo es la boda?

—Este domingo, pero no habrá recepción. Binetou no puede soportar las burlas de sus amigas.

Y, en el crepúsculo de ese mismo domingo en

que casaban a Binetou, vi llegar a mi casa, vestidos de fiesta y solemnes, a Tamsir, el hermano de Modou, entre Mawdo Bâ y el imán de su barrio. ¿De dónde salían, tan confusos, en sus *boubous* almidonados? Seguramente venían a buscar a Modou para alguna misión importante que alguien habría encargado a uno de ellos. Les dije que Modou se había ausentado desde la mañana. Entraron riendo, aspirando con fuerza el sensual olor a incienso que emanaba de todo. Me senté, riendo también, frente a ellos.

El imán atacó:

—Cuando Alá todopoderoso pone en contacto a dos seres, nadie puede hacer nada.

—Sí, sí —apoyaron los otros dos.

Una pausa. Tomó aliento y continuó:

—Nada es nuevo en este mundo.

—Sí, sí —volvieron a aprobar Tamsir y Mawdo.

—Un hecho que parece triste lo es menos que otros...

Yo seguía el movimiento de los labios desdeñosos de donde salían esos axiomas que suelen preceder al anuncio de un acontecimiento feliz o desgraciado. ¿Adónde querían llegar con ese preámbulo que hacía prever más bien una tormenta? Su venida no era pues casual. ¿Se anuncia una desgracia tan endomingado? ¿O pretendían infundir confianza con su aspecto impecable?

Pensé en el ausente. Pregunté con un grito de bestia acorralada:

—¿Modou?

Y el imán, que por fin contaba con un hilo conductor, ya no lo soltó. Prosiguió rápidamente, como si las palabras fuesen brasas en su boca:

—Sí, Modou Fall, pero felizmente vivo para ti y para todos nosotros, a Dios gracias. No ha hecho más que desposar hoy a una nueva mujer. Venimos de la Mezquita del Gran Dakar donde tuvo lugar la ceremonia.

Una vez que el imán hubo quitado así las espigas del camino, Tamsir aventuró:

—Modou te da las gracias. Dice que la fatalidad decide sobre los seres y las cosas: Dios le ha destinado una segunda esposa y él no puede nada contra eso. Te felicita por el cuarto de siglo de matrimonio en el que le diste toda la dicha que una mujer debe a su marido. Su familia, particularmente yo, su hermano mayor, también te agradecemos. Tú nos veneraste. Sabes que somos la sangre de Modou.

Y luego las eternas palabras destinadas a suavizar el golpe:

—Nadie más que tú en tu casa, por grande que sea y por cara que esté la vida. Eres la primera mujer, una madre, una amiga para Modou.

La nuez de Adán de Tamsir bailoteaba en su garganta. Sacudía la pierna izquierda cruzada sobre la derecha recogida. Su calzado, unas babuchas

blancas, mostraba una ligera capa de polvillo rojo, color de la tierra por donde habían caminado. Ese mismo polvillo se veía en el calzado de Mawdo y del imán.

Mawdo callaba. Revivía su drama. Pensaba en tu carta, en tu reacción, yo era tan semejante a tí... Desconfiaba. Mantenía la cabeza baja, en la actitud de los que se sienten vencidos antes de combatir.

Yo asentía bajo las gotas de veneno que me calcinaban: “cuarto de siglo de matrimonio”, “mujer incomparable”. Retrocedía en mi memoria para intentar descubrir la rotura del hilo a partir de la cual se había devanado la madeja. Recordaba las palabras de mi madre: “Demasiado hermoso, demasiado perfecto”. Y completaba al fin el pensamiento de mi madre con el final de la sentencia: “para ser honesto”. Pensaba en los dos primeros incisivos superiores muy separados por un espacio, signo del predominio del amor en el individuo. Pensaba en su ausencia de todo ese día. Había dicho simplemente “no me esperen a almorzar”. Pensaba en otras ausencias, frecuentes en los últimos tiempos, crudamente aclaradas ahora y hábilmente disimuladas antes con el pretexto de reuniones sindicales. El seguía también un régimen draconiano para “bajar la barriga” —decía riendo—, esa barriga que anunciaba la vejez.

Cuando salía por las noches, descolgaba y se probaba varios trajes antes de elegir uno. El resto,

nerviosamente desechado, yacía por el suelo. Y yo debía volver a colgar, acomodar; ahora descubría que ese trabajo suplementario que yo hacía, se debía a una búsqueda de elegancia destinada a la seducción de otra.

Me esforcé por contener mi conmoción interior. Sobre todo, no dar a mis visitantes la satisfacción de divulgar mi desconsuelo. Sonreír, tomar la cosa a la ligera, como ellos me la habían anunciado. Darles las gracias por la manera humana como habían cumplido su misión. Retribuir el agradecimiento de Modou “buen padre y buen esposo”, “un marido, un amigo”. Agradecer a mi familia política, al imán, a Mawdo. Sonreír. Servirles algo de beber. Acompañarlos hasta la puerta bajo las volutas del incienso que ellos seguían aspirando. Estrechar sus manos.

¡Cuán contentos estaban, salvo Mawdo, que medía el alcance del hecho en su justo valor!

Al fin sola, para dar libre curso a mi sorpresa y medir mi desdicha. ¡Ah! sí, olvidé preguntar el nombre de mi rival para poder dar una forma humana a mi dolor.

Mi interrogante no quedó mucho tiempo sin respuesta. Conocidos del Gran Dakar acudían a mi casa, portadores de todos los detalles de la ceremonia, unos por real amistad hacia mí, otros despechados y celosos por la promoción que este matrimonio significaba para la madre de Binetou.

“No lo entiendo.” Ellos tampoco entendían la entrada de Modou, una “personalidad”, en esa familia de *ndol*²¹, de extrema pobreza.

Binetou, una niña de la edad de mi hija Daba, promovida a la categoría de mi coesposa y a quien yo debía enfrentar. ¡Binetou, la tímida! El viejo que

²¹ Pobres.

compraba los nuevos vestidos *prêt-à-porter* que reemplazaban su ropa gastada, era Modou. Había confiado inocentemente sus secretos a la hija de su rival porque creía que ese sueño, surgido de un cerebro claudicante, nunca se haría realidad. Lo había dicho todo: la casa, la renta mensual, el futuro viaje a la Meca para sus padres. Creía ser más fuerte que el hombre con el que se medía. No conocía la poderosa voluntad de Modou, su tenacidad ante los obstáculos, su orgullo de vencedor, al que la resistencia inspiraba nuevos bríos después de cada fracaso.

Daba estaba furiosa, herida en su orgullo. Repetía todos los motes con que Binetou designaba a su padre: “¡El anciano!”, “¡el barrigón!”, ¡“el viejo!”... El autor de su vida era escarnecido a diario, ¡y él lo aceptaba! Una espantosa cólera la embargaba. Sabía sinceras las palabras de su mejor amiga. ¿Pero qué puede una jovencita ante una madre enardecida que gritaba su hambre y su sed de vivir?

Binetou es un cordero inmolado como muchos otros en el altar de “lo material”. La rabia de Daba aumentaba a medida que analizaba la situación:

—¡Rompe, mamá! Echa a ese hombre. No nos ha respetado, ni a ti ni a mí. Haz como tía Aïssatou, rompe. ¡Dime que romperás! No te concibo disputándote a un hombre con una joven de mi edad.

Yo me decía lo que se dicen todas las mujeres engañadas: “Si Modou fue leche, yo tuve toda la

crema. Lo que queda... ¡Bah!... agua con un vago olor a leche”.

Pero la decisión final me pertenecía. Con Modou ausente toda la noche (¿estaba consumando su matrimonio?), la soledad consejera me permitió circunscribir bien el problema.

¿Irme? ¿Empezar nuevamente de cero después de haber vivido veinticinco años con un hombre, después de haber traído al mundo doce hijos? ¿Tenía yo suficiente fuerza para soportar sola el peso de esa responsabilidad a la vez moral y material?

¡Irme! Trazar una raya firme sobre el pasado.

Dar vuelta una hoja, que no era brillante sin duda, pero que era limpia. Lo que de ahora en más se inscribiese en ella no contendría amor, ni fe, ni grandeza, ni esperanza. Nunca había conocido el lado malo del matrimonio. ¡No conocerlo! ¡Huir! Cuando se empieza a perdonar hay una avalancha de faltas que se precipitan y sólo queda seguir perdonando, perdonar siempre. ¡Irme, alejarme de la traición! Dormir sin hacerme preguntas, sin escuchar atentamente el menor ruido a la espera del marido compartido.

Contaba las mujeres conocidas de mi generación, abandonadas o divorciadas.

Conocía algunas que, con el resto floreciente de su juventud, habían podido conquistar a otro hombre de valor, que unía situación y prestancia, y al que se juzgaba “cien veces mejor que el que se había ido”. La miseria, destino que aguardaba a esas

mujeres, retrocedía ante esa felicidad nueva que cambiaba sus vidas, redondeaba sus mejillas, ponía brillo en sus ojos. Conocía otras que habían perdido toda esperanza de renovación y a las que la soledad las había llevado pronto a la tumba.

El curso del destino es impenetrable. Los cauris, que una vecina arroja en una criba ante mí, no me invitan al optimismo ni cuando permanecen abiertos, mostrando su parte hueca negra que significa alegría, ni cuando caen todos con su exterior blanco hacia arriba indicando que se aproxima “el hombre del pantalón doble”,²² promesa de riqueza.

—Sólo te separa de ellos, hombre y riqueza, el óbolo de dos colas, blanca y roja —añade la vecina, Farmata. Insiste: —El adagio dice que la desavenencia aquí puede ser la suerte en otra parte. ¿Por qué eres incrédula? ¿Por qué no te atreves a romper? Una mujer es como una pelota. El que la arroja no puede prever adónde va a saltar. No controla el lugar por donde rueda, menos aún a quien la recoge. A menudo lo hace la mano más insospechada...

En vez de seguir el razonamiento de mi vecina, una *griote* que sueña con sólidas propinas de intermediaria, yo me miraba en el espejo. Éste era elocuente ante mis ojos. Habían desaparecido mi esbeltez y mi soltura y rapidez de movimientos. Mi vientre se adivinaba prominente bajo la túnica que disimula-

²² Así se designa al hombre que se viste a la moda occidental.

ba unas pantorrillas desarrolladas por el impresionante kilometraje de las caminatas efectuadas desde que existo. La lactancia había quitado a mis senos su redondez y su firmeza. La juventud desertaba de mi cuerpo ;no cabía ilusión alguna!

Mientras que en el transcurso de los años la mujer encuentra la fuerza de seguir amando al hombre a pesar de su vejez, él, en cambio, va reduciendo el campo de su ternura. Sus ojos egoístas miran por encima del hombro de su cónyuge. Compara lo que tuvo con lo que ya no tiene, lo que tiene con lo que podría tener.

Yo había escuchado demasiadas desventuras como para no comprender la mía. Tu caso, Aïssatou, el caso de muchas otras mujeres despreciadas, relegadas o reemplazadas, de las que el hombre se había separado como de un *boubou* gastado o pasado de moda.

Para vencer a la angustia cuando nos asalta se requiere voluntad. Cuando se piensa que cada segundo que pasa acorta la vida, debe aprovecharse intensamente ese segundo; la suma de todos los segundos perdidos o aprovechados es lo que hace el fracaso o el éxito de una vida. ¡Hay que templarse, para poner diques a la desesperanza y reducirla a su justa proporción! Cuando nos dejamos penetrar blandamente por la amargura, nos acecha la depresión nerviosa. Poco a poco, va tomando posesión de nuestro ser.

¡Oh! ¡La depresión nerviosa! Los médicos hablan de ella de una manera indiferente, irónica, señalando que nuestros órganos vitales no están comprometidos. Casi nos dicen que los fastidiamos con la enumeración cada vez más prolongada de nuestros males —cabeza, garganta, pecho, corazón, hígado— que ninguna radiografía logra confirmar. Y sin embargo ¡qué atroces son los dolores provocados por la depresión nerviosa!

Y pienso en Jacqueline, que la padeció. Jacqueline, aquella joven de la Costa de Marfil que desobedeció a sus padres protestantes para casarse con Samba Diack, compañero de promoción de Mawdo Bâ, médico como él, designado en Abidjan a su salida de la Escuela Africana de Medicina y Farmacia. Jacqueline nos frecuentaba pues su marido frecuentaba a los nuestros. Al venir a Senegal, ella cayó en un mundo nuevo, un mundo diferente en reacciones, temperamento y mentalidad, del que había conocido. Además, los parientes de su marido —¡siempre los parientes!— la desdeñaban, más aún por cuanto no había querido abrazar la religión musulmana y concurría todos los domingos al templo protestante.

Negra y africana, tendría que haberse integrado sin problemas a una sociedad negra y africana, considerando que el Senegal y la Costa de Marfil pasaron por las manos del mismo colonizador francés. Pero el África es diferente, parcelada. Un país cam-

bia varias veces de rostro y de mentalidad, del norte al sur y del este al oeste.

Es verdad que Jacqueline quería senegalizarse, pero las burlas frenaban en ella todo deseo de cooperación. La llamaban *gnac*,²³ y ella había adivinado el contenido de ese mote que la indignaba.

Su marido, que volvía de tan lejos, pasaba su tiempo libre persiguiendo a las “finas” senegalesas —decía apreciativamente— y no se tomaba el trabajo de ocultar sus aventuras, sin respetar ni a su mujer ni a sus hijos. Su falta de precauciones ponía ante los ojos de Jacqueline las pruebas irrefutables de su inconducta: cartas de amor, talones de cheques con el nombre de las beneficiarias, facturas de restaurantes y de habitaciones de hotel. Jacqueline lloraba; Samba Diack salía de juerga. Jacqueline adelgazaba; Samba Diack seguía de juerga. Y un día, Jacqueline se quejó de sentir una molestia en el pecho, bajo el seno izquierdo; tenía la impresión de que un cuchillo le removía la carne hasta la espalda. Se quejaba. Mawdo la revisó:

—Nada cardíaco —dijo.

Le recetó un calmante. Jacqueline tomó ansiosamente los comprimidos, atenaceada por el insidioso dolor. Después de terminar el frasco, la molestia seguía en el mismo lugar. El dolor la hostigaba con igual fuerza.

²³ Selvática.

Consultó a un médico compatriota que pidió un electrocardiograma y prescribió varios análisis de sangre. Nada en el trazado eléctrico del corazón; nada anormal en la sangre. Él también le recetó un calmante, grandes comprimidos efervescentes que tampoco aliviaron la angustia de la pobre Jacqueline.

Pensó en sus padres, en su negativa a aprobar su matrimonio. Les escribió una patética carta en la que imploraba su perdón. Ellos le enviaron su bendición, sincera; pero esto nada pudo contra la extraña molestia del pecho.

Llevaron a Jacqueline al hospital de Fann, en el camino de Ouakam, cerca de la Universidad que envía allí, como al hospital Aristide Le Dantec, a sus estudiantes de medicina a hacer la residencia. Ese centro hospitalario no existía en la época en que Mawdo Bâ y Samba Diack estudiaban en la Escuela de Medicina y Farmacia. Comprende varios servicios alojados en pabellones autónomos o unidos para facilitar la comunicación. Pero pese a su número y tamaño, esas construcciones no llegan a cubrir todo el inmenso terreno donde está edificado el hospital. Al entrar, Jacqueline pensaba en los locos internados allí. Hubo que explicarle que los locos estaban en psiquiatría y que, en esos lugares, se los llamaba enfermos mentales. Además no eran violentos, pues a los violentos se los internaba en el hospital psiquiátrico de Thia Thiaroye. Jacqueline estaba en neurología y nosotros, que íbamos a visitarla, nos

enteramos de que el hospital albergaba también servicios en los que se trataba la tuberculosis y las enfermedades infecciosas.

Jacqueline permanecía postrada en su cama. Sus bellos cabellos negros descuidados, que ningún peine había desenredado desde que corría de médico en médico, formaban sobre su cabeza una hirsuta mata. El pañuelo que los protegía descubría, al deslizarse, la capa de mixtura de raíces que vertíamos en ellos, pues recurriamos a cualquier cosa para sacar a nuestra hermana de su mundo infernal. Y tu madre, Aïssatou, iba a consultar para nosotras a los curanderos, trayendo de allí *safara*²⁴ y directivas para los sacrificios que tú te apresurabas a ejecutar.

Jacqueline pensaba en la muerte. La aguardaba, temerosa y atormentada, con la mano sobre el pecho, allí donde la invisible molestia, tenaz, desafiaba todos los recursos, se burlaba con malicia de todos los tranquilizantes. Jacqueline tenía como vecina de habitación a una profesora de letras, ayudante técnica de cátedra en el Liceo Faidherbe de Saint-Louis.

—De Saint-Louis —decía Jacqueline— no pudo conocer más que el puente que cruza el río. Un dolor de garganta, tan súbito como agudo, le impidió tomar servicio y la condujo aquí, donde espera para ser repatriada.

²⁴ Líquido de poder sobrenatural.

”La observo a menudo. Vieja para ser soltera. Flaca, hasta angulosa, sin ningún encanto. Los estudios debieron de ser la única distracción de su juventud. Huraña, debió de reprimir todo impulso pasional. Sin duda su soledad le hizo buscar el cambio. Un puesto de profesora en Senegal debió de corresponder a su anhelo de evasión. Fue así como llegó aquí pero todos sus sueños fracasados, todas sus esperanzas perdidas, todas sus rebeldías ahogadas, se unieron para conspirar contra su garganta, protegida por un pañuelo azul marino con lunares blancos que se destacaba contra la palidez de su pecho. Los tópicos aplicados en su garganta azulaban sus delgados labios, apretados sobre su desgracia. Tenía grandes ojos azules, luminosos, única claridad, única belleza, única caridad celestial en la ingratitud del rostro. Miraba a Jacqueline. Jacqueline la miraba. Ella se palpaba la garganta. Jacqueline se palpaba el pecho. Y nosotras reíamos de sus maniobras, sobre todo cuando la enferma de la pieza contigua llegaba “a conversar” —como decía— y descubría su espalda a la refrescante caricia del acondicionador de aire. Sufría de tufaradas de calor excesivamente ardientes en ese lugar.

Extrañas y múltiples manifestaciones de distonías neurovegetativas. Doctores, atención, sobre todo si no sois neurólogo o psiquiatras. A menudo los dolores de que se os habla se originan en el sufrimiento moral. Son los escarnios sufridos y las perpe-

tuas contradicciones que se acumulan en una parte del cuerpo y la sofocan.

Jacqueline, que amaba la vida, soportó valientemente toma tras toma de sangre. Se le hizo otro electrocardiograma y una radiografía pulmonar. Se le hizo un electroencefalograma que reveló indicios de dolencias. Resultó entonces necesaria una electroencefalografía gaseosa. Es dolorosa en extremo y se acompaña siempre de una punción lumbar. Ese día Jacqueline permaneció inmóvil en su cama, más lastimosa y azorada que nunca.

Samba Diack se mostró amable y afectado por el deterioro físico de su mujer.

Un buen día, después de un mes de tratamiento (inyecciones endovenosas y tranquilizantes), pasado un mes de investigaciones, mientras que su vecina francesa había regresado a su país, el jefe del Servicio de Neurología hizo llamar a Jacqueline. Ésta se encontró frente a un hombre al que la madurez y la nobleza de su profesión embellecían, un hombre al que no había agriado la frecuentación de la más deplorable de las desgracias, la alienación mental. El examinó con su mirada penetrante, acostumbrada a ahondar en los demás, los ojos de Jacqueline, para descubrir en esa alma el origen de las angustias que perturbaban al organismo. Con una voz suave, tranquilizadora, que ya era un bálsamo para ese ser nervioso, le confió:

—Señora Diack, yo le garantizo su salud men-

tal. Las radiografías no revelan nada; los análisis de sangre tampoco. Usted está simplemente deprimida, es decir... no es feliz. Las condiciones de vida a que aspira difieren de la realidad y esa es la razón de sus males. Además sus partos se sucedieron con demasiada frecuencia. El organismo pierde elementos vitales que no tienen tiempo de ser reemplazados. En una palabra, usted no tiene nada que ponga en peligro su vida.

''Debe reaccionar, salir, encontrar razones para vivir. Sea valiente. Poco a poco triunfará. Le haremos una serie de shocks con curare que la calmarán. Después podrá marcharse.

El médico marcaba sus palabras con movimientos de cabeza y sonrisas convincentes que infundieron en Jacqueline mucha esperanza. Reanimada, nos contó la conversación y nos confesó que había salido de la entrevista casi curada. Conocía el origen de su mal y lo combatiría. Se daba ánimos a sí misma. ¡Volvía de muy lejos!

¿Por qué he recordado la prueba de esta amiga? ¿A causa de su final feliz? ¿O sólo para demorar la formulación de la decisión que tomé, decisión que mi razón rechazaba pero que concordaba con la inmensa ternura que me inspiraba Modou Fall?

Sí, yo veía con claridad dónde estaba la solución correcta, le solución digna. Y, con gran asombro de mi familia, desaprobada unánimemente por mis hijos influidos por Daba, decidí quedarme.

Modou y Mawdo, sorprendidos, no lo comprendían... Tú, mi amiga, al saberlo, no hiciste nada para disuadirme, respetuosa de mi nueva opción de vida.

Lloraba todos los días.

A partir de entonces, mi existencia cambió. Me había preparado a compartir equitativamente a mi marido, según lo estipula el Islam en lo que se refiere a la poligamia. Pero mis manos quedaron vacías.

Mis hijos, que desaprobaban mi decisión, me ponían mala cara. Frente a mí, representaban una mayoría que yo debía respetar.

—No han terminado tus sinsabores —predecía Daba.

Se hizo el vacío a mi alrededor. Y Modou me rehuía. Fueron vanos los intentos de amigos y familiares para devolverlo al redil. Una vecina de la nueva pareja me explicó que la “pequeña” sufría de crisis nerviosas cada vez que Modou pronunciaba mi nombre o manifestaba el deseo de ver a sus hijos. No volvió nunca más; su nueva felicidad fue borrando poco a poco nuestro recuerdo. Nos olvidó.

Aïssatou, amiga mía, no hay comparación posible entre la pequeña Nabou y tú, ya te lo he dicho. Pero reconozco también que no hay comparación posible entre la pequeña Nabou y Binetou. La pequeña Nabou creció junto a su tía, que le designó como esposo a su hijo Mawdo. Mawdo pobló pues los sueños de adolescencia de la pequeña Nabou. Habituada a verlo, se dejó arrastrar hacia él naturalmente, sin choques. Sus cabellos entrecanos no la asustaban. Sus engrosadas facciones eran tranquilizadoras para ella. Y además, amaba y sigue amando a Mawdo, aunque sus preocupaciones no canalicen siempre el mismo contenido. La influencia de la escuela no fue profunda en la pequeña Nabou, precedida y dominada por la fuerza de carácter de tía Nabou que, en su furor de venganza, no dejó nada librado al azar en la educación que impartía a su sobrina. Tía Nabou ejerció su influencia sobre el alma de la niña, en

especial mediante los cuentos en las veladas a la luz de las estrellas, cuando su expresiva voz glorificaba la violencia justiciera del guerrero, cuando su expresiva voz se apiadaba de la inquietud de la Amada, toda sumisión. Alababa el coraje de los temerarios; estigmatizaba la astucia, la pereza, la calumnia; reclamaba protección para el huérfano y respeto a la vejez. La participación de animales en los cuentos, las canciones nostálgicas, tenían en suspenso a la pequeña Nabou. Y lentamente, seguramente, por la tenacidad de la repetición, se insinuaban en la niña las virtudes y la grandeza de una raza.

Esa educación oral, fácilmente asimilada, plena de encanto, tiene el poder de despertar buenos reflejos en una conciencia adulta forjada a su contacto. Dulzura y generosidad, docilidad y cortesía, educación y facilidad de palabra, tornaban agradable a la pequeña Nabou. “¡Amanerada!”, la juzgaba Mawdo, encogiéndose de hombros.

Y además, la pequeña Nabou ejercía una profesión. No tenía tiempo para “estados de ánimo”. Responsable de los servicios de guardia anexos a la Maternidad del Repos Mandel, a la salida de barrios periféricos poblados y pobres, cumplía, a veces durante todo el día, los actos liberadores de vida. Los bebés pasaban y pasaban entre sus manos expertas.

Volvía de su trabajo agotada, protestando contra la falta de camas que obligaba a las parturientas a volver demasiado pronto, según ella, a sus

domicilios; cansada de luchar contra la falta de personal, de instrumental adecuado, de medicamentos. Se lamentaba:

—Se pone demasiado pronto al débil bebé en contacto con un medio social falto de higiene.

Pensaba en la gran mortalidad infantil que las noches en vela y la dedicación no logran disminuir. Soñaba:

—¡Qué apasionante aventura hacer de un bebé un hombre sano! Pero, ¿cuántas madres lo consiguen?

En medio de la vida, en medio de la miseria, en medio de los horrores, la pequeña Nabou triunfaba a menudo con su saber y su experiencia; pero a veces conocía dolorosos fracasos; era impotente ante la fuerza de la muerte.

¡Responsable y consciente, la pequeña Nabou! ¡Como tú! ¡Como yo! Si bien no es mi amiga, nuestras preocupaciones muchas veces son las mismas.

Encontraba que vivir es duro y, luchadora, no la atraían las frivolidades.

En cambio Binetou había crecido con toda libertad, en un medio donde hay que sobrevivir a cualquier precio. A su madre le preocupaba más tener algo en la olla que la educación. Bella, alegre, de buen corazón, inteligente, Binetou, que tenía acceso a muchas familias de posición desahogada a las que pertenecían sus amigas, sabía perfectamente lo que

inmolaba en su matrimonio. Siendo víctima, pretendía ser opresora. Exiliada en el mundo de los adultos que no era el suyo, deseaba su prisión dorada. Exigente, atormentaba. Vendida, elevaba día a día su valor. Sus renunciamentos, que eran antes la savia de su vida y que ella enumeraba amargamente, reclamaban exorbitantes compensaciones que Modou se extenuaba por satisfacer. Me llegaban, ampliados o cercenados, según el visitante, los ecos de su vida. Binetou ignoraba la seducción de la edad madura, de las sienes canas. Y Modou se teñía el pelo cada mes. Binetou no perdía ocasión de burlarse con maldad de su cintura dolorosamente ceñida en pantalones pasados de moda. Modou se fatigaba tratando de aprisionar una juventud declinante que huía de todo su cuerpo: desagradable prominencia de un doble mentón, paso vacilante y pesado al menor viento fresco. La gracia y la belleza lo rodeaban. Temía decepcionar y, para que no hubiera tiempo de observarlo, inventaba a diario fiestas en las que la encantadora niña se movía, elfo de finos brazos que provocaba con una risa el buen tiempo y con una mueca la tristeza.

Se hablaba de hechizo. Algunas amigas, convencidas, me suplicaban que reaccionara:

—Dejas a otra el fruto de tu trabajo.

Me recomendaban con vehemencia a morabitos de probada ciencia que habían demostrado su poder devolviendo al esposo a su hogar y alejando a la mu-

jer perversa. Pero esos charlatanes tenían residencias muy lejanas. Me citaban la Casamance donde los diolas y madjagos son excelentes para los filtros mágicos. Apuntaban con el índice hacia Linguère, la comarca de los peulhs, prontos a la venganza tanto por los morabitos como por las armas. Me hablaban igualmente del Mali, la región de los bambaras de rostros surcados por profundas cicatrices.

Seguir esas exhortaciones habría sido cuestionarme nuevamente. Yo ya me reprochaba una debilidad que no había impedido la degradación de mi hogar. ¿Debía renegar de mí misma porque Mawdo había elegido otro camino? No, no cedía a los consejos. Mi razón y mi fe negaban los poderes sobrenaturales. Rechazaban esa atracción fácil que aniquila toda voluntad de lucha. Miraba de frente a la realidad.

La realidad tenía el rostro de la Señora Suegra que comía a dos carrillos del pesebre que se le ofrecía. Se cumplían sus presentimientos de una vida dorada. Su desvencijada casucha, cubierta de chapas de cinc y de tapas de revistas en las que se codeaban *pin-ups* y publicidad, se iba esfumando en su recuerdo. ¡Un ademán en su cuarto de baño y el agua caliente masajeaba su espalda en deliciosos chorros! Un ademán en la cocina y los cubos de hielo enfriaban el agua de su vaso. Otro ademán, y una llama surgía de la cocina de gas en la que ella preparaba una sabrosa *omelette*.

Primera esposa antaño relegada, la Señora Suegra emergía de la sombra y recuperaba su ascendiente sobre el marido infiel. Ella ofrecía apreciables ventajas: carne asada, pollos al horno y, ¿por qué no?, billetes de Banco deslizados en el bolsillo del *boubou* colgado del perchero del dormitorio. Ya no se fijaba como antes, para economizar, en el precio de los bidones de agua comprados al *toucouleur*, vendedor ambulante del vital líquido, extraído de las fuentes públicas. Gozaba de su nueva felicidad, después de haber conocido la miseria. Modou respondía a sus esperanzas. Amablemente le enviaba fajos de billetes de Banco para gastar, y le obsequiaba, en ocasión de sus viajes al exterior, alhajas y ricos *boubous*. Así accedió a la categoría de las mujeres “de pulsera pesada” cantada por los *griots*. Extasiada, escuchaba la radio que trasmitía himnos dedicados a ella.

Su familia le reservaba el mejor lugar en las ceremonias y aceptaba sus consejos. Cuando aparecía, bajando del largo automóvil de Modou, se tendía hacia ella un mar de manos en las que depositaba billetes de Banco.

La realidad era también Binetou yendo de *night club* en *night club*. Llegaba envuelta en largo y costoso vestido; un cinturón de oro, obsequio de Modou al nacer su primer hijo, brillaba en su talle. Sus tacones resonaban contra el suelo para señalar su presencia. Los mozos se apartaban y se inclinaban,

respetuosos, a la espera de una regia propina. Con despreciativa mirada medía a los que ya estaban en el lugar. Su mueca de niña minada indicaba a Modou la mesa elegida. Con un gesto, como una maga, hacía alinear diversas botellas. Se exhibía ante la gente joven y deseaba imponerle su forma de triunfar. ¡Indiscutiblemente hermosa y deseable, Binetou! “¡Hechicera!”, reconocían todos. Pero pasado el momento de admiración, ella era quien bajaba la cabeza a la vista de las parejas adornadas con su sola juventud y ricas por su sola felicidad.

La música enlazaba y separaba a las parejas, tan pronto lenta e incitante como trepidante y endiablada. Cuando vibraba la trompeta, apoyada por el frenesí del tamboril, los jóvenes bailarines excitados e infatigables se sacudían, saltaban, giraban, gritaban su alegría; Modou trataba de seguirlos. La cruda luz lo entregaba a los despiadados sarcasmos de algunos, que lo tachaban de “lobo en el rebaño”. ¡Qué le importaba! ¡Tenía a Binetou entre sus brazos! Era feliz.

Agotada, Binetou miraba moverse a sus amigos con ojos decepcionados. La imagen de su vida, que ella había destruido, le laceraba el corazón.

Mi hija Daba también frecuentaba a veces los *night clubs* a pesar de mis reconvenciones. Vestida sin rebuscamiento, aparecía tomada del brazo de su novio; llegaba muy tarde, a propósito, para ubicarse bien a la vista de su padre. Era un grotesco enfrenta-

miento: por un lado una pareja desigual, por el otro dos seres semejantes.

Y la noche incubaba una extrema tensión que oponía a dos viejas amigas, a un padre y a su hija, a un yerno y a su suegro.

16

Yo sobrevivía. Además de mis antiguas obligaciones, asumía las de Modou.

La provisión de alimentos básicos me movilizaba todos los fines de mes; me las arreglaba para no carecer de tomates o de aceite, de papas o de cebollas en los períodos en que escaseaban en los mercados; almacenaba bolsas de arroz de Siam, que tanto gusta a las senegalesas. Mi mente se ejercitaba en una nueva gimnasia financiera.

Debía estar atenta a las fechas de vencimiento para el pago de las facturas de electricidad o de agua. A menudo yo era la única mujer en una fila de espera.

Reemplazar cerraduras y picaportes estropeados en las puertas, cambiar los vidrios rotos, era tan engorroso como buscar a un plomero. Mi hijo Mawdo Fall refunfuñaba por tener que cambiar las bombitas eléctricas quemadas.

Yo sobrevivía. Dejaba de lado mi timidez para enfrentarme sola a las salas de los cines; me sentaba en mi lugar, cada vez menos molesta a medida que pasaba el tiempo. Todos miraban a la mujer madura sin compañero. Yo fingía indiferencia mientras la cólera atenaceaba mis nervios y las lágrimas contenidas humedecían mis ojos. En las miradas de asombro, medía la escasa libertad concedida a la mujer.

En el cine, me encantaban las sesiones de la matinée. Me daban el coraje de afrontar la curiosidad de unos y otros. No me alejaban mucho tiempo de mis hijos.

¡El cine! ¡Qué poderoso canalizador de la angustia! Películas intelectuales, de tesis, películas sentimentales, películas policiales, películas cómicas, películas de suspenso, fueron mis compañeras. De ellas extraía lecciones de grandeza, de valor y de perseverancia. Ellas ahondaban y ensanchaban mi visión del mundo, gracias a su aporte cultural. Yo olvidaba mis tormentos, compartiendo los de otros. El cine, distracción poco costosa, puede procurar una sana alegría.

Yo sobrevivía. Cuanto más pensaba en ello, tanto más agradecía a Modou el haber cortado todo contacto. Tenía la solución deseada por mis hijos —la ruptura— sin haber tomado la iniciativa. No había mentira. Modou me apartaba de su vida y lo probaba con su actitud sin equívocos.

¿Qué hacen otros maridos? Se debaten en la indecisión; se imponen estar presentes donde ya no residen sus sentimientos y sus intereses. Ya nada los atrae en el hogar: ni la mujer arreglada, ni el hijo pleno de gestos de ternura, ni la comida servida con esmero. Se quedan como si fueran de mármol. Sólo desean que las horas pasen con rapidez. Por la noche, pretextando cansancio o enfermedad, roncan profundamente. ¡Con cuánta complacencia saludan el alba liberadora que pone fin a su calvario!

A mí, pues, Modou no me engañaba. Yo ya no le interesaba, y lo sabía. Estaba abandonada: una hoja al viento que ninguna mano se atreve a recoger, habría dicho mi abuela.

Lo enfrentaba con valentía. Cumplía con mi trabajo; así llenaba el tiempo y canalizaba mis pensamientos. Pero por la noche mi soledad emergía, agobiadora. No se desatan fácilmente los tenues lazos que ligan a dos seres a lo largo de un camino jalonado de pruebas. Yo lo experimentaba exhumando escenas, conversaciones. Los hábitos comunes resurgían a su hora. Extrañaba atrocemente nuestras conversaciones nocturnas; extrañaba nuestras risas relajantes o cómplices; extrañaba como a una droga nuestros comentarios cotidianos. Me medía con las sombras. Mis pensamientos erráticos alejaban el sueño. Esquivaba mi dolor sin querer combatirlo.

La continuidad de las emisiones radiofónicas me ayudaba. Asignaba a la radio un papel consola-

dor. Las melodías nocturnas acunaban mi ansiedad. Escuchaba el mensaje de viejas y nuevas canciones que despertaban la esperanza. Mi tristeza se disipaba.

Ansiaba ardientemente, con todas mis fuerzas disponibles, la aparición de “otro” que reemplazara a Modou.

Penosos despertares sucedían a las noches. El amor maternal me sostenía. Como pilar de mis hijos, les debía ayuda y afecto.

¿Medía Modou el enorme vacío que había dejado en esta casa? ¿Me daba él fuerzas superiores a las mías para respaldar a mis hijos?

Yo adoptaba un tono alegre para despertar a mi batallón. El café humeaba y perfumaba el ambiente. Los baños espumaban; por todos lados estallaban risas y bromas. ¡Un nuevo día y mayores esfuerzos! Un nuevo día y esperar...

¿Esperar qué? Mis hijos difícilmente aceptarían otra presencia masculina. Habiendo condenado a su padre, ¿podrían ser tolerantes con otro? Además, ¿qué hombre tendría el coraje de enfrentar a doce pares de ojos hostiles analizándolo sin miramientos?

¡Esperar! ¿Pero esperar qué? Yo no estaba divorciada... Había sido abandonada: una hoja al viento que ninguna mano se atreve a recoger, habría dicho mi abuela.

Yo sobrevivía. Conocí el aire enrarecido de los medios de transporte colectivo. Mis hijos hacían rien-

do ese duro aprendizaje. Escuché un día a Daba aconsejarles:

—Sobre todo no le digan a mamá que nos asfixiamos en los autobuses a las horas pico.

Yo lloraba de alegría y de tristeza al mismo tiempo: alegría por ser amada por mis hijos, tristeza de una madre que no tiene medios para cambiar el curso de las cosas.

Te conté entonces, sin segundas intenciones, ese aspecto penoso de nuestra vida, mientras el auto de Modou paseaba a la Señora Suegra por toda la ciudad y Binetou recorría las rutas en un Alfa Romeo tan pronto blanco, tan pronto rojo.

Jamás olvidaré tu reacción, mi hermana. Jamás olvidaré la alegría y la sorpresa que experimenté cuando me citaron de la concesionaria Fiat para que eligiera un coche que tú te encargabas de pagar en su totalidad. Mis hijos prorrumpieron en gritos alborozados al enterarse del cercano fin de su calvario, que sigue siendo la suerte cotidiana de muchos otros escolares.

La amistad tiene grandezas que el amor desconoce. Se fortalece en las dificultades, mientras que éstas aniquilan el amor. Resiste al tiempo, que cansa y desune a las parejas. Tiene alturas que el amor desconoce.

Tú, la hija de un orfebre, me ofrendabas tus privaciones.

Y yo aprendí a conducir, dominando mi temor.

Ocupé ese lugar estrecho entre el volante y el asiento. Apretando el embriague se pasa de una velocidad a otra. El freno modera la marcha y, para avanzar, se aprieta el acelerador. A la menor presión de los pies el coche salía veloz. Mis pies aprendieron a danzar sobre los pedales. En los momentos de desaliento me decía: “¿Por qué esa Binetou puede estar al volante y yo no?” Me repetía: “No debo decepcionar a Aïssatou”. Gané esa batalla de los nervios y de la sangre fría. Conseguí mi carnet de conductora y te lo hice saber.

Te decía: “Y ahora... En el asiento trasero del Fiat 125 color crema, gracias a ti mis hijos pueden mirar por sobre el hombro a la opulenta Señora Suegra y a la frágil jovencita en las calles de la ciudad”.

Modou, sorprendido, incrédulo, averiguaba la procedencia del coche. Nunca aceptó su verdadera historia. También él creía, como la madre de Mawdo, que la hija de un orfebre no tiene corazón.

Tomo aliento.

He contado de un tirón tu historia y la mía. He dicho lo esencial, pues el dolor, aunque antiguo, produce las mismas laceraciones en el individuo cuando se lo evoca. Tu decepción fue la mía como mi rechazo fue el tuyo. Perdóname una vez más si removí tu herida. La mía sigue sangrando.

Me dirás que la vida no es llana. Se tropieza con asperezas. Sé también que ningún matrimonio es llano. Refleja las diferencias de carácter y de potencial de sentimientos. En ciertas parejas, el hombre es víctima de una mujer veleidosa o encerrada en sus propias preocupaciones que rechaza todo diálogo y frustra cualquier impulso de ternura. En otras, el alcoholismo es la lepra que corroe salud, dinero, paz. Pone en evidencia la degradación del ser a quien destruye, en grotescos espectáculos que minan la dignidad; en dramas donde los puñetazos son sóli-

dos argumentos y la hoja amenazadora de un cuchillo un infalible llamado al silencio.

En otras parejas reina la atracción del enriquecimiento fácil: jugadores incorregibles, frente a los tapetes verdes o sentados a la sombra de un árbol. Atmósfera pesada de las salas llenas de olores demoníacos, rostros crispados de tensos jugadores. El vals satánico de las cartas sepulta tiempo, bienes, conciencia, y sólo se detiene con el último aliento de aquél que aprende a barajarlas.

Trato de descubrir mis faltas en el fracaso de mi matrimonio. Yo di sin contar, di más de lo que recibí. Soy de esas que no pueden realizarse y florecer más que en pareja. Nunca pude concebir la felicidad fuera de la pareja, aunque te comprendía, aunque respetaba la elección de las mujeres libres.

Amé mi casa. Tú eres testigo de que la convertí en un abra de paz donde cada cosa tiene su lugar, crea una sinfonía armoniosa de colores. Conoces mi sensibilidad, el inmenso amor que sentía por Modou. Puedes dar fe de que, movilizada noche y día a su servicio, me adelantaba a sus menores deseos.

Me llevé bien con su familia. Pese a su desertión de nuestro hogar, su padre y su madre, su hermano Tamsir y sus hermanas seguían frecuentándome. Mis hijos crecían sin problemas. Sus éxitos escolares eran mi orgullo, otros tantos laureles arrojados a los pies de mi señor.

Y Modou no estaba prisionero. Empleaba su

tiempo como él quería. Yo comprendía muy bien sus ansias de libertad. Se realizaba fuera de casa, como él deseaba, en sus actividades sindicales.

Trato de descubrir las debilidades de mi conducta. Mi vida social hubiera podido ser agitada y perjudicar a Modou en su carrera sindical. ¿Puede un hombre engañado y despreciado por su familia imponer respeto a otros? ¿Puede un hombre cuya mujer cumple mal su tarea reclamar sin avergonzarse una justa retribución para el trabajo? La agresividad y la condescendencia de una mujer canalizan hacia su marido el desprecio y el odio que su conducta engendra. Si ella es afable, puede reunir sin ideología alguna apoyos para una acción. En una palabra, el éxito de cada hombre se asienta sobre una base femenina.

Y me pregunto. Y me pregunto. ¿Por qué? ¿Por qué se alejó Modou? ¿Por qué introdujo a Binetou entre nosotros?

Me responderás con toda lógica que las inclinaciones se originan en la nada; un mohín a veces, un porte encantador de la cabeza, seducen a un corazón y lo conservan.

Me pregunto. Mi verdad es que, pese a todo, sigo fiel a mi amor de juventud. Aïssatou, lloro a Modou y no puedo nada contra ello.

Ayer cumplí como corresponde la cuarentena de la muerte de Modou. Lo he perdonado. Que Dios escuche las plegarias que elevo a diario por él. Cumplí la cuarentena en el recogimiento. Los iniciados leyeron el Corán. Sus fervientes voces ascendían hacia el cielo. ¡Que Dios te acoja entre sus elegidos, Modou Fall!

Después de las ceremonias religiosas, Tamsir vino a sentarse a mi habitación en el sillón azul que tanto te gustaba. Asomando su cabeza afuera, hizo una seña a Mawdo, y otra seña al imán de la mezquita de su barrio. El imán y Mawdo se le unieron. Tamsir habló entonces. Conmovedora semejanza entre Modou y Tamsir, los mismos tics de la inexplorable ley de la herencia. Tamsir habló, con aplomo; recordó (¡otra vez!) mis años de matrimonio, luego concluyó:

—Después de tu “salida” (se sobreentiende del

duelo) me casaré contigo. Me agradas como mujer y, además, seguirás viviendo aquí, como si Modou no hubiese muerto. En general es el hermano menor quien hereda a la esposa que deja su hermano mayor. Aquí es lo contrario. Tú eres para mí. Me casaré contigo. Te prefiero a la otra, demasiado frívola, demasiado joven. Yo había desaconsejado ese matrimonio a Modou.

¡Qué declaración de amor llena de fatuidad en una casa que el duelo no había abandonado todavía! ¡Qué seguridad y qué tranquilo aplomo! Miro a Tamsir a los ojos. Miro a Mawdo. Miro al imán. Me acomodo mi chal negro. Paso las cuentas del rosario. Esta vez, hablaré.

Mi voz conoce treinta años de silencio, treinta años de vejámenes. Estalla, violenta, tan pronto sarcástica, tan pronto despreciativa:

—¿Alguna vez sentiste afecto por tu hermano? Ya quieres construir un nuevo hogar sobre su cadáver todavía caliente. Mientras rogamos por Modou, tú piensas en futuras bodas.

”¡Ah, sí! Tu cálculo es adelantarte a cualquier posible pretendiente, adelantarte a Mawdo, el amigo fiel que tiene más atractivos que tú y que, según la costumbre, puede heredar a la mujer. Olvidas que tengo un corazón, una mente, que no soy un objeto que se pasa de mano en mano. Ignoras lo que casarse significa para mí: es un acto de fe y de amor, un don total de sí mismo al ser que hemos elegido y que

nos ha elegido. (Yo insistía en la palabra “elegido”).)

”¿Y tus mujeres, Tamsir? Tus ingresos no bastan a sus necesidades ni a las de tus decenas de hijos. Para suplirte en tus deberes financieros, una de tus esposas hace trabajos de teñido, la otra vende frutas, la tercera da vueltas incansablemente a la manivela de su maquina de coser. Tú te arrellanas en tu posición de señor venerado, cuyo dedo y cuya mirada se obedece. Nunca seré el complemento de tu colección. Mi casa no será nunca para ti el oasis codiciado: nada de cargas suplementarias; todos los días estaría de “turno”;²⁵ aquí encontrarías lujo y limpieza, abundancia y calma.

”Y además, están Daba y su marido, que demostraron su capacidad económica recuperando todos los bienes de tu hermano. ¡Qué promoción! Tus amigos te mirarían con envidia.

Mawdo me hacía señas con la mano: “¡Cállate! ¡Cállate! ¡Basta! ¡Basta!”

Pero no se detiene así a una furia desatada. Concluí, más violenta que nunca:

—Tamsir, vomita tus sueños de conquistador. Han durado cuarenta días. ¡Jamás seré tu mujer!

El imán ponía a Dios como testigo:

—¡Qué expresiones profanas! ¡Y vestida de luto!...

Sin decir una palabra Tamsir se levantó.

²⁵ Paso reglamentario del polígamo por la habitación de cada esposa.

Comprendía perfectamente bien que había sido derrotado.

Yo tomaba así mi revancha de aquel otro día en que los tres me anunciaron con soltura la boda de Modou Fall y Binetou.

Aïssatou, aun vestida de luto, no tengo tranquilidad.

Después de Tamsir, Daouda Dieng... ¿Te acuerdas? Daouda Dieng, mi antiguo pretendiente. A su madurez, preferí la inexperiencia, a su generosidad la pobreza, a su mesura la espontaneidad, a su estabilidad la aventura.

Asistió al entierro de Modou. El sobre que entregó a Fatim contenía una fuerte suma. Y, por supuesto, su insistente mirada era más que elocuente...

En lo que a él respecta, creo cierto lo que nos decía bromeando cuando por azar nos encontrábamos: “nunca se olvida el primer amor”.

Después de Tamsir, eliminado ese día memorable en que destruí sus aspiraciones de conquistador; después de Tamsir, ¡Daouda Dieng candidato a mi mano! Daouda Dieng era el preferido de mi

madre. Escucho todavía su persuasiva voz aconsejándome:

—Una mujer debe casarse con el hombre que la ama y no con el que ella ama; ése es el secreto de una felicidad estable.

Douda Dieng se había conservado mejor que Mawdo y que Modou. Cercano a la vejez, resistía a los reiterados embates del tiempo y de las actividades. Vestía con elegancia un traje de tela trabajada; seguía siendo el mismo hombre cuidado, minucioso, bien afeitado. Su éxito social lo aureolaba sin retaceos. Diputado en la Asamblea Nacional, se mantenía accesible, con gestos precisos en apoyo de sus juicios. Sus cabellos algo plateados le conferían encanto.

Hacía tres años que se imponía en la lucha política, por la seriedad de su proceder y la claridad de su verba. Su coche, con la cocarda distintiva con los colores nacionales, estaba estacionado en la vereda de enfrente.

¡Cómo prefería yo su emoción a la segura arrogancia de Tamsir! El temblor de sus labios lo traicionaba. Su mirada recorría mi rostro. Yo me acorazaba tras las trivialidades:

—¿Y Aminate (su esposa)? ¿Y los niños? ¿Y tu consultorio médico? ¿Y la Asamblea Nacional?

Mis preguntas surgían sin interrupción, tanto para ponerlo cómodo como para reanudar un diálogo largo tiempo interrumpido. El respondía breve-

mente. Pero la última le inspiró un encogimiento de hombros para subrayar un “Anda bien”, lanzado como un desafío.

Continué:

—¡Debe de andar bien esa Asamblea masculina!

Yo daba un tono provocativo a mis palabras, haciendo juego de ojos a la vez. ¡Eterno femenino! ¡Te asomas, quieres seducir, interesar, aun en el duelo!

Daouda no era tonto. Sabía perfectamente que yo intentaba vencer su embarazo y romper la molesta cortina de silencio que nos separaba, tejida por muchos años y por mi antigua negativa a casarme con él.

—¡Siempre combativa, Ramatoulaye! ¿Por qué esa afirmación irónica y ese vejante calificativo, si hay mujeres en la Asamblea?

—Cuatro mujeres, Daouda, cuatro sobre cien diputados. ¡Es una proporción ridícula! ¡Ni siquiera una representación regional!

Daouda rió con una risa franca, comunicativa, que me sacudía.

Mezclamos ruidosamente nuestras risas. Yo volvía a ver la perfecta alineación de los dientes, debajo del acento circunflejo de un bigote negro, peinado y chato. ¡Ah! ¡Esos dientes sin separaciones habían ganado la confianza de mi madre!

—Pero es que ustedes, las mujeres, son como

obuses. Demuelen, masacran. ¡Imagínate un grupo importante de mujeres en la Asamblea! ¡Explotaría todo! ¡Se quemaría todo!

Y seguíamos riendo.

Señalé, arrugando la frente:

—¡Pero no somos incendiarias, sino más bien estimulantes! —Y añadí en nuestra defensa: —En muchos dominios, y sin incertidumbres, gozamos de logros nada despreciables venidos de afuera, de concesiones extraídas de las lecciones de la Historia. Tenemos derecho, tanto como ustedes, a la instrucción, que podemos proseguir hasta el límite de nuestras capacidades intelectuales. Tenemos derecho a un trabajo otorgado imparcialmente y remunerado con justicia. El derecho de voto es un arma importante. Y ahora se ha promulgado el Código de la Familia que restituye a la más humilde de las mujeres su dignidad, tantas veces pisoteada.

”Pero con todo, Daouda, sigue habiendo restricciones; con todo, Daouda, renacen las viejas creencias; con todo, Daouda, el egoísmo emerge, el escepticismo aparece cuando se trata del terreno político. Prohibida la entrada aunque griten y chillen.

”¡Casi veinte años de independencia! ¿Para cuándo la primera mujer ministro asociada a las decisiones que orienten el futuro de nuestro país? Y sin embargo están bien demostrados el militantismo y la capacidad de las mujeres. La mujer ha elevado a más de un hombre al poder.

Daouda me escuchaba. Pero yo tenía la impresión de que mi voz lo cautivaba mucho más que mis ideas.

Y proseguí:

—¿Cuándo llegará a definirse la sociedad educada, no en función del sexo sino de los criterios de valores?

Douda Dieng saboreaba la calidez del sueño interior que proyectaba sobre mí. Por mi parte, yo me entusiasmaba como un caballo al que se libera después de largo tiempo de inmovilidad y se embriaga de espacio. ¡Ah, la alegría de tener ante mí a un interlocutor, y por añadidura enamorado!

Yo seguía siendo la misma Ramatoulaye... un poco combativa.

Arrastraba a Daouda Dieng con mi entusiasmo. El era un hombre recto que luchaba, cada vez que la situación lo exigía, por una mayor justicia social. No lo había llevado a la política el gusto de la ostentación y el lujo, sino su amor al prójimo, su ardiente deseo de reparar errores e injusticias.

—¿A quién te diriges, Ramatoulaya? Debes de conocer mis intervenciones en la Asamblea Nacional donde me tachan de “feminista”. Además no soy el único que insiste en cambiar las reglas del juego e insuflarle nueva vida. La mujer no debe ser un accesorio de adorno. Un objeto que se cambia de lugar, una compañera a la que se halaga o se calma con promesas. La mujer es la raíz primera, fundamental de

la nación en la que se injerta todo aporte, de la que emana también toda floración. Hay que incitar a la mujer a interesarse más en el destino de su país. Tú misma, que protestas, has preferido a tu marido, tus clases, los hijos, a la cosa pública. Si solamente militan hombres en los partidos, ¿por qué habrían de pensar en las mujeres? Es humana la reacción de reservarse una porción grande en el reparto de la torta.

”No reacciones de manera egoísta. Abraza la suerte de todos los ciudadanos de tu país. Nadie está bien; ni siquiera nosotros, a quienes se considera privilegiados, sólidos económicamente, siendo que todos nuestros ahorros se nos van en mantener una clientela electoral ávida que cree habernos promovido. No es sencillo desarrollar un país. Cuanto más responsables somos, más lo comprendemos; la miseria nos angustia y no podemos hacer nada. Hablo de todas las miserias, materiales y morales. Mejorar la condición de vida requiere rutas, casas decentes, pozos de agua, dispensarios, medicamentos, semillas. Yo soy de los que preconizaron la rotación en las distintas regiones de la celebración de la fiesta de la independencia. Es una feliz iniciativa que permite inversiones y reformas zonales.

”Hace falta dinero, una montaña de dinero, que hay que conseguir de los otros inspirándoles confianza. Con nuestra única estación de lluvias y nuestra única planta de cultivo, el Senegal no iría

muy lejos, por más que el coraje lo impulsara a ello.

La noche caía rápidamente del cielo, presurosa por ensombrecer seres y cosas; atravesaba las persianas de la sala. La invitación del almuecín a la plegaria del *Timiss* era persuasiva; Ousmane se encaramó en puntas de pie y pulsó el interruptor. La luz se encendió bañándonos crudamente.

Daouda, que no ignoraba las limitaciones de mi situación, se levantó. Alzó a Ousmane hacia la lámpara y el niño dio grititos extendiendo los brazos. Lo plantó en el suelo.

—Hasta mañana —dijo. —Vine por otro motivo. Me llevaste a la discusión política. Toda discusión es enriquecedora. ¡Hasta mañana! —repitió.

Sonrió: perfectas hileras de dientes bien implantados. Sonrió, abrió la puerta. Oí alejarse su paso. Un instante después, el zumbido de su potente automóvil lo llevaba hacia su hogar.

¿Qué le contaría a Aminata, su mujer y prima, para justificar su tardanza?...

Daouda Dieng volvió al día siguiente. Pero, lamentablemente para él y afortunadamente para mí, la visita de mis tías maternas le impidió expresarse en libertad. No se atrevió a quedarse demasiado.

Hoy es viernes. Me he dado un baño purificador. Siento sus efectos vivificantes que me alivian a través de mis poros abiertos.

Me envuelve el olor a jabón. Vestidos limpios reemplazan a mis ropas arrugadas. Me encanta esta limpieza de mi persona. Punto de mira de tantos ojos, creo que una de las cualidades esenciales de la mujer es el aseo. La choza más humilde es agradable si en ella reinan orden y limpieza; el más lujoso marco no atrae si lo ensucia el polvo.

Las llamadas “amas de casa” tienen su mérito. Las tareas domésticas que asumen y que no se retribuyen en moneda contante, son esenciales en un hogar. Su recompensa sigue siendo la pila de ropa blanca perfumada y bien planchada, los mosaicos relucientes donde el pie se desliza, la cocina alegre donde la salsa embalsama el ambiente. Su muda obra se percibe en los menores detalles, todos los

cuales tienen su razón de ser: aquí una flor abierta en un florero, allá un cuadro de colores apropiados, colgado en el lugar correcto.

Se requiere arte para ordenar una casa. Nosotras hicimos ese inacabable y duro aprendizaje. Ni siquiera es simple la composición de los menús, si se piensa en lo que dura un año en número de días, y que cada día se divide en tres comidas. Administrar el dinero del presupuesto familiar demanda elasticidad, vigilancia y prudencia, en una gimnasia financiera que nos hace avanzar a saltos, más o menos peligrosos, del primero al último día del mes.

¡Ser mujer! ¡Vivir como mujer! ¡Ah, Aïssatou!

Esta noche estoy agitada, mal que te pese. El sabor de la vida es el amor. La sal de la vida es también el amor.

Daouda volvió. Un traje de algodón *rombal band*²⁶ había reemplazado al gris de la primera visita y al de color de chocolate de la segunda.

Atacó desde el umbral, en el mismo tono que yo empleara en nuestra primera entrevista, sin tomar aliento:

—¿Cómo estás? ¿Y tu Asamblea, los niños? ¿Y Dusmane?

Al oír su nombre, Dusmane apareció con la boca y las mejillas embadurnadas del chocolate que mastica todo el día.

²⁶ Color azul específico del teñido.

Daouda alzó a ese pedacito de hombre que se debatía agitando las piernas. Lo dejó libre con una palmada amistosa en las nalgas y un libro de imágenes en la mano. Dusmane, gritando de alegría, corrió a mostrar su obsequio a todos los de la casa.

—¿No hay visitas? Hoy conduciré el debate yo, el de la Asamblea masculina. —Reía, malicioso.

—No creas que critico por placer. Me seduce el comienzo de una democracia que cambia la situación del ciudadano y que puede enorgullecer a tu partido. El socialismo, que es el nudo de vuestra acción, interpreta mis aspiraciones más profundas si se adapta a nuestra realidad como lo afirma vuestro secretario político. La brecha que han abierto es considerable y el Senegal ofrece un rostro nuevo de libertad recuperada. Aprecio todo eso, tanto más por cuanto por encima y por debajo de nosotros, a nuestra derecha, se imponen partidos únicos. El partido único nunca representa la expresión unánime de los ciudadanos. Si todos los individuos estuvieran cortados por la misma tijera, sería un espantoso colectivismo. Las diferencias provocan choques que pueden ser beneficiosos para el desarrollo de un país si emanan de verdaderos patriotas que sólo ambicionan la felicidad del ciudadano.

—Basta de política, Ramatoulaye. Me niego a que me arrastres una vez más como el otro día. Estoy saturado de “democracia”, “libertad”, “lucha” y qué sé yo cuántas expresiones más que me

ahogan a diario. Basta, basta, Ramatoulaye. Escúchame, más bien: Radio Cancan me ha informado sobre tu negativa a casarte con Tamsir. ¿Es verdad?

—Sí.

—Yo vengo también, y por segunda vez en mi vida, a pedir tu mano... claro está, cuando salgas de tu luto. Tengo hacia ti los mismos sentimientos que antes. El alejamiento, tu boda, la mía, no pudieron minar mi amor por ti. Más aún, la distancia lo aguzó; el tiempo lo consolidó; mi madurez lo ennobleció; te amo con fuerza, pero con la razón. Eres viuda con hijos pequeños. Yo soy jefe de familia. Cada uno de nosotros lleva el peso de un pasado que puede ayudarlo a comprender al otro. Te abro mis brazos para una nueva dicha. ¿Aceptas?

Yo agrandaba desmesuradamente los ojos, no de asombro —una mujer prevé infaliblemente una declaración de este tipo—, sino de embriaguez. Pues sí, Aïssatou, las gastadas palabras que sirvieron, que siguen sirviendo, me conmovían. Su dulzura, de la que estuve privada durante tantos años, me transportaba: no me avergüenza confesártelo.

Razonable, el diputado concluyó:

—No me respondas ahora. Piensa en mi propuesta. Volveré mañana a la misma hora.

Y, como molesto por sus propias declaraciones, Daouda se marchó luego de sonreírme.

Mi vecina, la *griote* Farmata, entró, después de

su partida, como una tromba, excitada. Seguía investigando el futuro con sus cauris y la menor concordancia de sus predicciones con la realidad la exaltaba.

—Me encontré con el hombre fuerte y rico del “pantalón doble” de los cauris. Me ha dado cinco mil francos. —Guiñaba sus ojos penetrantes y profundos que seguían tratando de sondear los misterios: —Hice para ti la limosna de las dos colas blanca y roja aconsejada —confesó. —Nuestros destinos están unidos. Tu sombra me protege. No se tira el árbol cuya sombra nos ampara. Se lo riega. Se lo cuida.

¡Bendita Farmata, qué lejos estabas de mi pensamiento! La agitación en que me debatía y que tú presentías, no la provocaban tormentos de amor.

¿Mañana? ¡Qué breve lapso de reflexión para el compromiso decisivo de una vida, sobre todo si esa vida ha conocido, en un pasado reciente, las amargas lágrimas de la decepción! Vuelvo a ver la mirada inteligente de Daouda Dieng, la mueca de sus labios voluntariosos que contrastan con la dulzura que emana de ese ser profundamente caritativo, que sólo retiene de los demás lo que de mejor hay en ellos. Yo sé comprenderlo como a un libro abierto en el que cada signo es un símbolo, pero un símbolo de fácil traducción.

Mi corazón ya no se alborota de felicidad bajo el torbellino de las palabras pronunciadas. Su sinceridad me conmueve, pero no me arrastra. Mi euforia, nacida del hambre y la sed de ternura, se desvanece a medida que pasan las horas.

No puedo echar las campanas a vuelo. La fiesta preconizada no me tienta. Mi corazón no ama a Da-

ouda Dieng. Mi razón aprecia al hombre. Pero el corazón y la razón a menudo no coinciden.

¿Cómo hubiese querido ser ganada por este hombre y poder decirle sí! No es que pase en mí el recuerdo del desaparecido. Los muertos sólo tienen el peso que se les concede o el de sus buenas acciones. No es que me moleste la existencia de mis hijos pequeños; él podría cumplir para ellos la función del padre que los abandonó. Treinta años más tarde, lo único que me condiciona es el mismo rechazo de mi corazón. No encuentro una causa definible. Nuestros fluidos se oponen. No hace falta recalcar la fama de seriedad de Daouda Dieng.

¿Buen esposo? Sí. Jamás los rumores públicos, tan malévolos y sedientos de comidillas concernientes a las personalidades, mencionaron algún desliz de su parte. Su mujer y prima, con la que se casó cinco años después de mi boda, por deber de ciudadano y no por amor (otra expresión masculina para explicar una acción natural), le dio hijos. Esa mujer y esos hijos, colocados por este hombre consciente de su deber sobre un pedestal de respetabilidad, le ofrecen un refugio envidiable, que es su obra.

Nunca acepta una distinción sin su esposa. La hace participar de su acción política, de sus múltiples viajes, de los diversos padrinazgos que le solicitan y que amplían su clientela electoral.

Farmata, la *griote* de los cauris, me había dicho antes de marcharse:

—Tu madre tenía razón. Daouda es maravilloso. ¿Qué *quer*²⁷ da cinco mil francos hoy en día? Daouda no cambia a su mujer ni abandona a sus hijos; si vuelve a buscarte ahora que estás vieja y cargada de familia, es porque te ama; puede ayudarte con tus hijos. Reflexiona. Acepta.

¡Todas las ventajas! Pero ¿qué son todas las ventajas en la incontrolable ley de la atracción? Para no herirlo bajo mi techo, le envié a Farmata, la *griote* de los cauris, con un sobre cerrado y las siguientes recomendaciones:

—No entregues esta carta a nadie más que a él y lejos de las miradas de su mujer y de sus hijos.

Por primera vez recurría a Farmata y eso me molestaba. ¿Ella? Estaba encantada, pues había soñado con ese papel desde nuestra juventud. Pero yo actuaba siempre sola; ella nunca intervenía en mis problemas, de los que yo solamente la informaba “como una vulgar conocida” —se quejaba—. Estaba encantada, ignorando el cruel mensaje de que era portadora.

El consultorio médico de Daouda no estaba lejos de Villa Fallène. Rápidos autobuses tenían parada a algunos metros de su puerta.

Ese consultorio, instalado gracias a un préstamo bancario otorgado por el Estado a los médicos y farmacéuticos que lo solicitaban, permitía a Daouda

²⁷ Noble.

Dieng seguir ejerciendo su profesión. Había comprendido que un médico no tiene derecho a abandonarla:

—La formación del médico es lenta, larga, laboriosa, y los médicos no abundan; son más útiles en su profesión que en cualquier otra parte; si pueden cumplir con ella y con otras actividades, tanto mejor; pero renunciar a curar por otra cosa, ¡qué inconciencia! —Así se explicaba Daouda ante nuestras relaciones comunes, como Mawdo Bâ y Samba Diack, sus colegas.

Farmata aguardó pues pacientemente su turno y, una vez ante Daouda, dentro del consultorio, le entregó el sobre cerrado. Daouda leyó:

Daouda,

Pretendes a una mujer que sigue siendo la misma, Daouda, a pesar de los estragos intensos del dolor.

Tú que me amaste, tú que me amas todavía —no lo dudo—, trata de comprenderme.

No tengo la elasticidad de conciencia necesaria para aceptar ser tu esposa cuando sólo la estima, justificada por tus muchas cualidades, me mueve hacia ti.

No puedo ofrecerte otra cosa, y tú lo mereces todo. La estima no justifica una vida conyugal, cuyas celadas conozco por haber hecho mi experiencia propia.

Y, además, la existencia de tu mujer y de tus hijos complica también la situación. Abandonada hace poco por causa de una mujer, no puedo introducirme alegremente entre tú y tu familia.

Tú crees que es simple el problema de la poligamia. Los que están en ella conocen frustraciones, mentiras, injusticias que pesan sobre su conciencia, por el efímero placer de un cambio. Estoy segura de que te mueve el amor, un amor que existió mucho antes de tu matrimonio y que el destino no quiso satisfacer.

Con infinita tristeza y lágrimas en los ojos te ofrezco mi amistad. Acéptala, querido Daouda. Con placer te recibo en mi casa.

Hasta pronto, ¿verdad?

Ramatoulaye''

Farmata, que había sonreído al entregar su sobre, me contó que su sonrisa se fue convirtiendo en mueca a medida que Daouda leía. Su instinto y su observación le aconsejaban una máscara de tristeza, pues Daouda fruncía el entrecejo, arrugaba la frente, se mordisqueaba los labios, suspiraba.

Daouda dejó mi carta. Con toda calma llenó un sobre de fajos de billetes azules. Escribió en una esquila la terrible fórmula que nos separara antaño y que él había hecho suya durante sus estudios de medicina.

“Todo o nada. Adiós.”

Aïssatou, Daouda Dieng no volvió nunca más.

—*Bissimilaï!*²⁸ *Bissimilaï!* ¡Qué fue lo que escribiste y me encargaste llevar! Has matado a un hombre. Su rostro descompuesto me lo gritaba. Has rechazado al que Dios te enviaba para recompensar tus sufrimientos. Y Dios te castigará por no seguir el camino de la paz. ¡Te has negado la grandeza! Vivirás en el fango. Te deseo otro Modou que te haga llorar lágrimas de sangre.

”¿Quién te crees? ¡A los cincuenta años te atreves a romper el *woleré!*²⁹ Estás despreciando tu suerte: Daouda Dieng, un hombre rico, diputado, médico, de tu edad, con una esposa solamente. ¡Te ofrece seguridad, amor, y tú lo rechazas! Muchas mujeres, aun de la edad de Daba, desearían estar en tu lugar.

”Encuentras razones para tu comportamiento. Hablas de amor en vez de pan. La señora quiere que se le acelere el corazón. ¿Por qué no flores, como en el cine?

”*Bissimilaï! Bissimilaï!* Tú, ya marchita, queriendo elegir marido como una joven de dieciocho años. La vida te deparará una sorpresa y entonces, Ramatoulaye, te morderás los puños. No sé lo que te escribió Daouda. Pero hay dinero en ese

²⁸ Comienzo del primer sura del Corán que ha pasado a la conversación para denotar asombro.

²⁹ Antigua amistad.

sobre. Es un verdadero *Samba Linguêre*³⁰ de la noche de los tiempos. Que Dios colme de ventura a Daouda Dieng. Mi corazón está con él.

Tal fue la diatriba de Farmata al regresar de su misión. Me trastornaba. La verdad de esta compañera de infancia por la frecuentación de nuestras familias no podía ser la mía, aun en su lógica interesada... Una vez más me negaba a la facilidad, por mi ideal. Volvía a mi soledad que una claridad había iluminado un instante. Me la endosaba de nuevo, como se endosa un vestido habitual. Su corte me quedaba bien. En ella me movía con comodidad, mal que le pesara a Farmata. Yo deseaba vivir “otra cosa”. Y esa “otra cosa” no podría ser sin el consentimiento de mi corazón.

Una vez rechazados Tamsir y Daouda, ya no hubo barreras entre los pretendientes y yo. Vi desfilar y asediarme a ancianos que aspiraban a una fuente de ingresos fáciles, a jóvenes en busca de aventuras para llenar su ocio. Mis sucesivas negativas me daban en la ciudad reputación de “leona” o de “atrasada”.

¿Quién lanzaba tras de mis pasos a esa hambrienta jauría? Mis encantos se habían esfuma-

³⁰ Hombre honorable.

do con las maternidades, el tiempo, las lágrimas. ¡Ah! ¡La herencia! La succulenta parte que habían conseguido mi hija Daba y su marido y puesto a mi disposición.

Ellos habían intervenido en los debates por el reparto de los bienes de Modou. Mi yerno puso sobre el tapete el adelanto de la casa SICAP y el costo de cinco años de alquiler. La casa SICAP correspondía a mi hija que, acta de escribano en mano, enumeró su contenido y la compró.

La historia de Villa Falène es fácil de contar: el terreno y la construcción corresponden a un préstamo bancario otorgado hace diez años sobre la base de nuestros salarios comunes. El contenido, renovado hace dos años, me pertenece, y presenté facturas en prueba de tal afirmación. Quedaba la ropa de Modou, la que yo conocía por haberla elegido y conservado, y la otra... la del segundo tramo de su vida. Me costaba imaginarlo en esos disfraces de joven... Fue distribuida entre su familia.

Las alhajas y regalos hechos a la Señora Suegra y a su hija les correspondían de derecho.

La Señora Suegra hipaba, lloraba. Se la estaba despojando y pedía compasión. No quería mudarse...

Pero Daba es despiadada, como todos los jóvenes.

—Recuerda. Yo era la mejor amiga de tu hija. Tú hiciste de ella la rival de mi madre. Recuerda.

Durante cinco años privaste a una madre y a sus doce hijos de su sostén. Recuerda. ¡Mi madre sufrió tanto! ¿Cómo puede una mujer destruir la felicidad de otra mujer? No mereces compasión. Múdate de casa. En cuanto a Binetou, es una víctima, tu víctima. Le tengo lástima.

La Señora Suegra sollozaba. ¿Binetou?... La estatua de la indiferencia. ¡Qué le importaba lo que allí se decía! Ella ya estaba muerta interiormente... desde su matrimonio con Modou.

Siento una inmensa fatiga. Viene de mi alma y entorpece mi cuerpo.

Dousmane, mi hijo menor, me tiende tu carta. Dousmane tiene seis años.

—Es de tía Aïssatou.

Su privilegio es traerme todas tus cartas. ¿Cómo las reconoce? ¿Por la estampilla? ¿Por el sobre? ¿Por la cuidada letra que te refleja? ¿Por el olor a lavanda que despiden? Los niños tienen puntos de referencia que no se asemejan a los nuestros. Dousmane saborea su hallazgo. Es un triunfo.

Esas palabras cariñosas que alivian mi inquietud son muy tuyas. Y me señalas el “fin”. Yo calculo. Mañana es el fin de mi reclusión. Y tú estarás aquí, al alcance de mi mano, de mi voz, de mi mirada.

¿Fin o reanudación? Mis ojos descubrirán tus menores cambios. Yo ya hice la suma de los míos: el

encierro me ha desmejorado, las preocupaciones me llenaron de arrugas, he adelgazado. A menudo palpo huesos donde antes había carne.

Lo importante no estará en la presencia de nuestros cuerpos. Lo esencial es el contenido que anima nuestros corazones; lo esencial es la calidad de la savia que nos inunda. Muchas veces me probaste la superioridad de la amistad sobre el amor. El tiempo, la distancia, tanto como los recuerdos comunes, han consolidado nuestros lazos y convierten a nuestros hijos en hermanos y hermanas. Reunidas, ¿nos ocuparemos de nuestras marchitas floraciones o sembraremos nuevas semillas para nuevas cosechas?

Oigo los pasos de Daba. Vuelve del liceo Basile Digane adonde ha ido en mi lugar respondiendo a una convocatoria. Un conflicto entre Mawdo Fall,³¹ mi hijo, y su profesor de filosofía. Tienen frecuentes choques cuando éste devuelve las copias de disertación corregidas.

Entre Daba y Mawdo Fall la diferencia de edad es notable a causa de dos embarazos abortados, eso tú lo sabes.

Esta disputa, que Daba fue a arreglar, es la tercera en seis meses de clase. Mawdo Fall tiene excelentes dones literarios. Desde el primer grado dominó a su clase en esta materia; pero este año, por una

³¹ Tocayo de Mawdo Bâ.

mayúscula olvidada, comas omitidas, una palabra mal ortografiada, su profesor le baja uno o dos puntos. A causa de ello Jean-Claude, un blanco, su segundo de siempre, pasa al primer puesto. El profesor no puede tolerar que un negro sea el primero en filosofía. Y Mawdo Fall protesta. Luego vienen la disputa y la convocatoria.

Daba estaba dispuesta a decirle claramente sus verdades al profesor. Pero yo la tranquilicé. La vida es un eterno compromiso. Le explico que lo esencial es la disertación en el examen... También esa copia estará a merced de su corrector. Nadie podrá influir sobre él. Entonces, ¿para qué enemistarse con un profesor por uno o dos puntos que jamás cambiarán el destino de un alumno?

Siempre les digo a mis hijos:

—Ustedes son alumnos mantenidos por sus padres. Trabajen para merecer su sacrificio. Cultívense en vez de protestar. Cuando sean adultos, para que los puntos de vista que sostengan merezcan crédito, hace falta que emanen de un saber avalado por diplomas. El diploma no es un mito. No lo es todo por cierto. Pero corona un saber, una labor. Mañana podrán ustedes poner en el poder a quien deseen, a quien les convenga. Su elección y no la nuestra dirigirá este país.

Nuestra sociedad está sacudida en sus cimientos, dividida entre la atracción de los vicios importados y la feroz resistencia de las antiguas virtudes.

El sueño de un brillante ascenso social mueve a los padres a dar a sus hijos más saber que educación. La contaminación se insinúa tanto en los corazones como en el aire.

Nosotros somos los del pasado, “desfasados o superados”, “caducos” tal vez. Pero los cuatro estábamos hechos de rigor, con una conciencia alerta y agudos interrogantes clavados dolorosamente en nosotros. Nuestros maridos, Aïssatou, por muy desdichado que haya sido el fin de nuestros matrimonios, nuestros maridos tenían grandeza. Combatieron en sus vidas, aunque no lograron éxito; no se vence fácilmente a rémoras milenarias.

Observo a los jóvenes. ¿Dónde están los ojos luminosos, prontos a la réplica, cuando el honor ultrajado reclamaba reparación? ¿Dónde el orgullo vigoroso que guiaba al deber a toda la comunidad de una concesión? El hambre de vivir mata la dignidad de vivir.

Como ves, me estoy alejando del problema de Mawdo Fall.

El director del Liceo tiene perfecta noción del conflicto Mawdo Fall-profesor. ¡Pero vaya uno a darle la razón a un alumno contra un profesor!

Daba está aquí, a mi lado, ágil, sonriendo con todos sus dientes por la misión bien cumplida.

Daba no vive agobiada por los quehaceres domésticos. Su marido cocina el arroz tan bien como ella, su marido, que proclama, cuando yo le digo

que de ese modo logrará “echar a perder” a su mujer:

—Daba es mi esposa. No es mi esclava o mi sirvienta.

Siento madurar la ternura de esta pareja joven que es la imagen de la pareja tal como yo la soñaba. Se identifican el uno con el otro, discuten acerca de todo para llegar a un acuerdo.

Sin embargo tiemblo por Daba. ¡La vida tiene tantas sorpresas! Cuando le hablo de ello, se encoge de hombros:

—El matrimonio no es una cadena. Es una adhesión recíproca a un programa de vida. Y luego, si uno de los cónyuges ya no encuentra lo que buscaba en esa unión, ¿por qué habría de quedarse? Tal vez sea Abou (su marido), tal vez sea yo. ¿Por qué no? La mujer puede tomar la iniciativa de la ruptura.

Esta jovencita lo razona todo... Me dice a menudo:

—No quiero actuar en política. No porque la suerte de mi país y sobre todo la de la mujer no me interesen. Pero viendo las luchas estériles en el seno de un mismo partido, viendo la apetencia de poder de los hombres, prefiero abstenerme.

—No, no temo a la lucha en el plano ideológico; pero en un partido político es raro que la mujer se abra camino fácilmente. El poder de decisión seguirá por mucho tiempo todavía en manos de los hombres, mientras que todos saben que el terreno

social es cosa de la mujer. Yo prefiero asociarme donde no hay rivalidades, ni divisiones, ni calumnias, ni empujones: no hay puestos que repartir ni situaciones que garantizar. La dirección cambia todos los años. Cada una de nosotras tiene iguales oportunidades de hacer valer sus ideas. Somos utilizadas según nuestra competencia en nuestras manifestaciones y organizaciones que se ocupan de la promoción de la mujer. Nuestras recaudaciones ayudan a obras humanitarias; lo que nos mueve es un militantismo tan útil como cualquier otro, pero un militantismo sano, cuya única recompensa es la satisfacción interior.

Esta jovencita razona... Tiene sus puntos de vista sobre todo.

La miro. Daba, mi hija mayor, que me ha secundado admirablemente junto a sus hermanos y hermanas. Ahora es Aïssatou, tu tocaya, la que la reemplaza en la dirección de la casa.

Aïssatou se ocupa del aseo de los menores: Dumar, ocho años, y Dusmane, tu amigo. Los otros se las arreglan bien. A Aïssatou la ayudan en su tarea Amy y su gemela Awa, a las que está enseñando.

Mis gemelas son tan iguales que a veces las confundo. Son traviesas y hacen bromas a todo el mundo. Awa trabaja menos que Aminata. Tan parecidas físicamente, ¿por qué tienen caracteres tan diferentes?

Los niños pequeños no plantean graves proble-

mas de cuidado y educación; lavados, alimentados, curados, vigilados, los míos crecen, en medio, es cierto, de la batalla casi cotidiana contra las lastimaduras, los resfríos, los dolores de cabeza, en la que me destaco, a fuerza de combatir.

Mawdo Bâ viene en mi auxilio para las verdaderas enfermedades. Aunque lo culpo por su debilidad que produjo la ruptura de vuestro matrimonio, lo alabo sinceramente por la ayuda que me brinda. A pesar de la deserción de su amigo Modou de nuestro hogar, a cualquier hora puedo despertarlo.

Mis hijos mayores me preocupan. Mis tormentos se esfuman al recuerdo de mi abuela que encontraba en la sabiduría popular un dicho apropiado para cada ocasión. Se complacía en repetir:

—La madre de familia no tiene tiempo para viajar. Pero sí lo tiene para morir.

Cuando, soñolienta, debía a pesar de todo cumplir con sus tareas, se lamentaba;

—¡Ah! ¡No tener una cama para acostarme!

Bromista, yo le indicaba las tres camas de su vivienda. Ella se irritaba:

—Tienes la vida por delante, no detrás de ti. ¡Que Dios te haga experimentar mi situación!

Y heme aquí ahora, “experimentando su situación”.

Yo creía que un hijo nacía y crecía sin problemas. Creía que uno trazaba un camino recto y que él lo seguía alegremente. Pero he verificado, a mis ex-

piensas, la verdad de las profecías de mi abuela:

—Nacer de los mismos padres no crea necesariamente similitud entre los hijos. Sus caracteres y sus rasgos físicos pueden diferir. Por otra parte, difieren a menudo. Nacer de los mismos padres es como pasar la noche en la misma pieza.

Para calmar el temor al futuro que sus palabras podían suscitar, mi abuela ofrecía soluciones:

—Caracteres diferentes requieren métodos de educación diferentes. Rigor aquí, comprensión allá. Los pescozones que tienen éxito con los más pequeños, ultrajan a los mayores. ¡Los nervios están diariamente sometidos a una dura prueba! Pero ese es el destino de las madres.

¡Mi buena abuela! De tus enseñanzas y tu ejemplo yo extraía el coraje que nos alienta en los momentos de las opciones difíciles.

La otra noche sorprendí al trío (como las llamamos familiarmente), Arame, Yacine y Dieynaba, fumando en su habitación. Todo en su actitud revelaba el hábito: la manera de tomar el cigarrillo entre los dedos, de levantarlo con gracia a la altura de los labios, de aspirarlo como conocedoras. Las aletas de la nariz temblaban al dejar escapar el humo. ¡Y las señoritas aspiraban, espiraban, mientras recitaban sus lecciones, mientras redactaban sus tareas! Saboreaban su placer golosamente, detrás de la puerta cerrada, pues trato de respetar lo más posible su intimidad.

Dicen que Dieynaba, Arame y Yacine se parecen a mí. Las une una amistad servicial, basada en múltiples afinidades; forman un bloque, con las mismas reacciones defensivas o desconfiadas, frente a mis otros hijos; intercambian vestidos, pantalones, blusas, pues tienen casi el mismo talle. Nunca tuve que intervenir en sus conflictos. El trío tiene fama de estudioso.

¡Pero de allí a permitirse la licencia de fumar! Las fulminé con mi cólera. La sorpresa me ofuscaba. ¡Una boca exhalando el olor acre del tabaco en vez de perfumar! ¡Dientes de mujer ennegrecidos por la nicotina en vez de brillar de blancura! Sin embargo, sus dientes estaban blancos. ¿Cómo se las arreglaban para realizar esa proeza?

Yo consideraba horrible el uso de pantalones cuando no se posee el relieve escaso de las mujeres occidentales. El pantalón destaca las formas abundantes de la negra, evidenciadas aun más por su zona lumbar profundamente incurvada. Pero había tenido que ceder ante el avance de esa moda que ceñía y molestaba en vez de liberar. Puesto que mis hijas querían llevar “lo que se usa”, acepté la entrada del pantalón en los guardarropas.

De pronto tuve miedo del flujo del progreso. ¿No beberían también? ¡Quién sabe, ya que un vicio trae el otro! ¿El modernismo no puede pues existir sin acompañarse de la degradación de las costumbres?

¿Era yo responsable por haber dado un poco de libertad a mis hijas? Mi abuelo prohibía a los jóvenes la entrada a nuestra casa. A las diez de la noche, campanilla en mano, advertía a los visitantes el cierre de la puerta de calle. Acompasaba el tintineo de la campanilla con la misma orden:

—El que no vive aquí, ¡que se largue!

En cambio yo dejaba salir a mis hijas de tanto en tanto. Ellas iban al cine sin mi compañía; recibían amigas y amigos. El argumento que justifica mi comportamiento es que, a cierta edad, el varón y la mujer se abren irremediabilmente al sentimiento del amor. Deseaba que mis hijas lo descubrieran sanamente, sin sensación de culpa, sin tapujos, sin degradación. Trataba de conocer sus relaciones; creaba un clima favorable a las confidencias.

Y resulta que por sus relaciones han adquirido el hábito de fumar. Y yo no sabía nada, yo que quería controlarlo todo. Me venía a la mente una vez más la sabiduría de mi abuela: “Por más que alimentemos un vientre, se llena de todos modos a espaldas nuestras”.

Necesitaba reflexionar. Se imponía una reorganización para contener el mal. A nueva generación, nuevos métodos, habría sugerido sin duda mi abuela.

Yo aceptaba ser “de otra época”. Pero conocía la nocividad del tabaco y no podía aceptarlo. Mi conciencia lo rechazaba como rechazaba el alcohol.

A partir de entonces anduve sin descanso a la pesca de su olor, que jugaba a las escondidas con mi vigilancia. Solapado, irónico, cosquilleaba mi olfato y luego desaparecía. Su refugio preferido eran siempre los baños, sobre todo por la noche. Pero ya no se atrevió a exhibirse, vivaz e impúdico.

Hoy no pude terminar a mi gusto la oración del crepúsculo: gritos provenientes de la calle me hicieron saltar de la estera en que me hallaba.

De pie en la veranda, veo llegar a mis hijos Alioune y Malick llorando. Vienen en un estado lamentable: ropa hecha jirones, cuerpos sucios por la caída, rodillas sangrantes bajo el pantalón corto; un rasgón abre ampliamente la manga derecha del pullover de Malick; del mismo lado el brazo pende lamentablemente. Uno de los niños que los acompañan me explica:

—A Malick y a Alioune los llevó por delante una motoneta. Jugábamos al fútbol.

Se acerca un joven de pelo largo, anteojos de montura blanca, amuleto al cuello. Su conjunto de *jean* está manchado por el polvo de la calle. Maltratado por los niños de cuya ira es blanco, con una herida roja en la pierna, se muestra visiblemente incó-

modo por tanta hostilidad. Con acento y gestos corteses que contrastan con su descuidado vestir, se disculpa:

—Vi a los niños demasiado tarde, al girar hacia la izquierda. Creía tener paso libre en esta calle de mano única. No me imaginaba que ellos habían instalado allí un campo de juego. Frené, pero fue inútil. Di contra las piedras que delimitaban el arco. En mi caída arrastré a sus dos hijos y a otros tres muchachos. Le pido disculpas.

El hombre de la motoneta me sorprende agradablemente. Me exalto, pero no contra él. Conozco la dificultad de conducir por las calles de la ciudad, sobre todo en la Medina, por haberla experimentado personalmente. Para los niños, la calzada es el terreno predilecto. Cuando se posesionan de ella, nada les importa. Corren como diablos detrás de la pelota. A veces, el objeto de su entusiasmo es un bollo de trapo grueso atado con piolín. ¡No interesa! El conductor sólo tiene el recurso de sus frenos, su bocina, su sangre fría; se le abre desordenadamente un paso, enseguida cerrado en tropel. Detrás de él, se reanuda la algarabía, cada vez más exaltada.

—Muchacho, tú no eres responsable. La culpa es de mis hijos. Burlaron mi vigilancia mientras yo rezaba. Puedes marcharte o, mejor, aguarda a que te haga traer alcohol y algodón para tu herida.

Aïssatou, tu tocaya, trae alcohol yodado y algodón. Limpia al desconocido y luego a Alioune.

Los niños del barrio no aprueban mi reacción. Desearían un castigo para el “culpable”. Los reprendo. ¡Ah, los niños! ¡Provocan un accidente y encima pretenden sancionar!

Me parece que el brazo de Malick pende fracturado. Cae de manera anormal.

—Aïssatou, pronto, pronto. Llévalo al hospital. Si no encuentras a Mawdo, llévalo a la guardia. Ve, ve, hija.

Aïssatou se viste rápidamente y también rápidamente ayuda a Malick a limpiarse y a cambiarse.

La sangre coagulada de las heridas dibuja sobre el piso manchas oscuras y repugnantes. Mientras las limpio con un cepillo pienso en la identidad de los hombres: la misma sangre roja irriga los mismos órganos. Esos órganos, ubicados en los mismos lugares, cumplen las mismas funciones. Los mismos remedios curan los mismos males bajo todos los cielos, ya sea al individuo blanco o negro. Todo une a los hombres. Entonces, ¿por qué se matan mutuamente en innobles batallas por causas que resultan banales ante la matanza de vidas humanas? ¡Cuántas guerras devastadoras! Y sin embargo, el hombre se considera una criatura superior. ¿De qué le sirve su inteligencia? De su inteligencia nacen el bien y el mal; más frecuentemente el mal que el bien.

Vuelvo a instalarme sobre la estera que tiene el dibujo de una mezquita verde y que está reservada a mi exclusivo uso, como el hervidor de mis ablu-

ciones. Alioune, que sigue lloriqueando, empuja a Dusmane para quitarle su lugar a mi lado, en busca de un consuelo que le niego. Por el contrario, aprovecho la ocasión para sermonearlo:

—La calle no es un campo de juego. Hoy tuviste suerte. Pero mañana...¡Cuidado! Te fracturarás algún hueso como tu hermano.

Alioune protesta:

—Pero es que no hay campos de deportes en el barrio. Las madres no quieren que juguemos al fútbol en los patios. ¿Qué podemos hacer, entonces?

Su observación es pertinente. Es menester que los responsables de la urbanización prevean campos de deporte del mismo modo que proyectan espacios verdes.

Horas más tarde, Aïssatou y Malick regresan del hospital donde Mawdo, una vez más, se ha ocupado de ellos. El yeso de Malick me indica que su brazo colgante estaba efectivamente roto. ¡Ah! ¡Qué caro hacen pagar los hijos la alegría de haberlos traído al mundo!

Decididamente, amiga mía, las desgracias llueven sobre mí. Así soy yo. Cuando la mala suerte me tiene agarrada, ya no me suelta.

Aïssatou, tu tocaya, está encinta de tres meses. Farmata, la *griote* de los cauris, me llevó hábilmente a este descubrimiento desastroso. Tal vez los rumores públicos la alertaron o simplemente se sirvió de su desarrollado sentido de observación.

Cada vez que arrojaba sus cauris para cortar nuestras discusiones (nuestros puntos de vista divergen en todo), lanzaba unos “¡Ah! ¡Ah!” de contrariedad. Con grandes suspiros, señalaba hacia la masa desordenada de los cauris:

—Una joven encinta.

Yo había observado perfectamente el súbito adelgazamiento de tu tocaya, su falta de apetito, la turgencia de sus senos, todos signos reveladores de la gestación que incubaba.

Pero también la pubertad transforma a los adolescentes, los engrosa o los adelgaza, los estira. Además, poco después de la muerte de su padre, Aïssatou tuvo una violenta crisis de paludismo dominada por Mawdo Bâ. Su adelgazamiento databa de ese entonces.

Aïssatou se negaba a engordar de nuevo pues quería conservar la silueta. Yo atribuía naturalmente a esa nueva manía el hecho de que comiera poco y su desagrado ante algunos platos. Enflaquecida, flotaba en sus pantalones y, con gran alegría de mi parte, no usaba más que vestidos.

El pequeño Dumar vino a avisarme un día que Aïssatou vomitaba en su cuarto de baño todas las mañanas cuando lo lavaba. Pero, al interrogarla, ella lo negó, diciendo que se trataba de agua que escupía, mezclada con el dentífrico. Dumar no volvió a hablar de vómitos. Mi preocupación cambió de centro de interés.

¿Cómo podía imaginar la verdad que de pronto se imponía? ¿Cómo podía adivinar que mi hija, que me había tranquilizado cuando el asunto de los cigarrillos, se entregaba por su parte a un juego más grave aún? Una vez más el destino despiadado me sorprendía. Como siempre, sin armas defensivas.

Farmata seguía insistiendo a diario en “la joven encinta” de sus cauris. Me la señalaba. Sufría por su estado. Su actitud era elocuente:

—¡Mira! ¡Pero mira, pues! Ese cauri aislado, con la concavidad hacia arriba. Y mira ese otro cauri que se adapta a él perfectamente, con la cara blanca hacia arriba, como una marmita y su tapa. El niño está en el vientre. Forma un solo cuerpo con su madre. El grupo de los dos cauris está aislado: se trata de una mujer sin ataduras; por lo tanto es una joven sin marido. Pero como los cauris son pequeños, evidentemente es una niña.

Y su mano arrojaba y volvía a arrojar los cauris delatores. Estos se apartaban, se entrechocaban, se encimaban. Su tintineo acusador llenaba la criba y siempre se aislaba el mismo grupo de dos cauris, revelando una desgracia. Yo seguía sin entusiasmo su lenguaje.

Y una tarde, no pudiendo soportar mi ingenuidad, Farmata aventuró:

—Interroga a tus hijas, Ramatoulaye. Interrogalas. Una madre de familia debe desconfiar.

Turbada por la tenacidad de las repeticiones,

inquieta, acepté la propuesta. De miedo de verme cambiar de idea, Farmata se metió con su paso de ágil gacela en la pieza de Aïssatou. Luego salió con un resplandor de triunfo en la mirada. Aïssatou, bañada en lágrimas, la seguía. Farmata mandó afuera a Dusmane, acurrucado en mi *boubou*, echó el cerrojo a la puerta y declaró:

—Los cauris no pueden equivocarse siempre. Si insistieron tanto es porque hay algo. El agua y la arena se han mezclado; forman barro. Recoge tu barro. Aïssatou no niega su estado. La he salvado revelándote lo que pasa. Tú no adivinabas nada. Ella no se atrevía a confiártelo. Nunca iban a salir de esa situación.

La emoción me anudaba la garganta. Yo, tan pronta a las reprimendas, callaba. Aturdida, me sofocaba de calor. Mis ojos se cerraron, luego se abrieron nuevamente. Me mordisqueaba la lengua.

La primera pregunta que a uno se le ocurre al descubrir un embarazo es: “¿Quién?”. ¿Quién es el autor de ese robo? ¡Pues hay robo! ¿Quién es el autor de ese daño? ¡Pues hay daño! ¿Quién se ha atrevido? ¿Quién...? ¿Quién...? Aïssatou nombró a un tal Ibrahima Sall, que pronto sería simplemente Iba en su lenguaje.

Yo miraba estupefacta a mi hija, tan bien educada, tan tierna conmigo, tan servicial en la casa, tan eficaz en todo. ¿Tantas cualidades podían ir acompañadas de semejante comportamiento?

Iba es estudiante en la Universidad, estudiante de Derecho. Se conocieron... en la fiesta de cumpleaños de una compañera. Iba la buscaba a veces en el liceo cuando ella no venía a comer a casa a mediodía. La había invitado dos veces a su habitación de la Ciudad Universitaria. ¡Ella confesó que era feliz con él! No, Iba no le había pedido ni exigido nada. Todo había ocurrido naturalmente entre los dos. Iba conocía su estado. Había rechazado los servicios de un amigo que deseaba “ayudarlo”. La quería. Becario, estaba decidido a pasar privaciones para mantener a su hijo.

Me enteraba de todo, de un tirón, escuchando esa voz plena de hipos y entrecortada por sorbidos nasales, ¡pero sin lamentos! Aïssatou bajaba la cabeza. Yo la reconocía en su relato sin disimulos. La reconocía en la entrega total de sí misma a ese enamorado que había logrado que en su corazón cohabitaran su imagen y la mía. Aïssatou bajaba la mirada, consciente del dolor que me abrumaba, a mí, que guardaba silencio. Mi mano sostenía mi cabeza fatigada. Aïssatou bajaba la mirada. Oía el crujido de mis entrañas. No se le ocultaba la gravedad de su acción, en mi situación de viuda reciente después de mi estado de abandonada. En las batallas de hijas, aparte de Daba, ella era la mayor. La mayor debía dar ejemplo... Mis dientes castañeteaban de ira...

Dominaba mi turbación aferrándome como a un salvavidas al recuerdo de la actitud tierna y con-

soladora de mi hija durante mi desgracia, mis largos años de soledad. Recurría a Dios, como en cada drama de mi vida. ¿Quién decide la muerte y el nacimiento? ¡Dios! ¡Dios Todopoderoso!

Y, además, se es madre para comprender lo inexplicable. Se es madre para iluminar las tinieblas. Se es madre para cobijar cuando los relámpagos surcan la oscuridad, cuando el trueno profana la tierra, cuando encenaga el lodo. Se es madre para amar, sin comienzo ni fin.

Hacer de mi ser una muralla defensiva entre todos los obstáculos y mi hija. En ese instante de confrontación, medía todo lo que me unía a ella. Se restablecía el cordón umbilical, ligadura indestruible ante la avalancha de los embates y el transcurso del tiempo. Volví a verla, recién salida de mis entrañas, pataleando en sus pañales rosados, con su carita arrugada bajo los sedosos cabellos. No podía abandonarla, como lo dictaba el orgullo. Su vida y su futuro, lo más importante de lo que estaba en juego, derribaban los tabúes e imponían a mi corazón y a mi razón su superioridad sobre cualquier otra cosa. La vida que se estremecía en ella me interrogaba. Bullía por desarrollarse. Vibraba pidiendo protección.-

Era yo la que no había sabido estar a la altura de los acontecimientos. Saciada de optimismo, nada adivinaba del drama de su conciencia, del bullir de su ser, del milagro que llevaba en sí.

Se es madre para afrontar el diluvio. Frente a la vergüenza de mi hija, a su sincero arrepentimiento, frente a su dolor, a su angustia, ¿debía amenazar?

La tomé en mis brazos. La estreché dolorosamente en ellos con fuerza multiplicada, hecha de rebelión pagana y de primitiva ternura. Ella lloraba, hipaba.

¿Cómo había podido convivir sola con su secreto? Me traumatizaban el esfuerzo y el dominio desplegados por esta criatura para sustraerse a mi cólera cuando sentía náuseas o cuando me reemplazaba junto a mi turbulenta prole. Me sentía mal. Gemía. Me sentía profundamente mal.

Un esfuerzo sobrehumano me enderezó. ¡Valor! Las sombras se esfumaban. ¡Valor! Los destellos se unían en una apaciguadora claridad. Del tumulto emergía mi decisión de ayudar y proteger. Se hacía más fuerte a medida que enjugaba sus lágrimas, a medida que acariciaba esa frente ardorosa.

Desde mañana, la pequeña Aïssatou irá a consulta.

Farmata estaba asombrada. Esperaba lamentos: yo sonreía. Deseaba vehementes reprimendas: yo consolaba. Quería amenazas: yo perdonaba.

Decididamente, nunca sabrá a qué atenerse conmigo. Colmar de atenciones a una pecadora la superaba. Soñaba para Aïssatou suntuosas fiestas de bodas que la compensarían de mis pobres esponsales cuando ella era aún una jovencita, ya pegada a

mis pasos como una sombra. Acostumbraba alabarte a ti, Aïssatou, que le darías mucho dinero en el futuro casamiento de tu tocaya. La historia del Fiat aguzaba su apetito atribuyéndote una fabulosa fortuna. ¡Ella, que soñaba con grandes fiestas, y esta niña, que había ido a entregarse a un joven estudiante sin dinero, que jamás le daría muestras de reconocimiento! Farmata me reprochaba mi calma.

—Tienes otras hijas. Adopta una actitud que pueda repetirse. Ya verás. Si Aïssatou ha sido capaz de “esto”, me pregunto qué es lo que no hará tu trío de fumadoras. Cubre a tu hija de caricias, Ramatoulaye. Ya verás.

Ya lo vería yo, citando a Ibrahima Sall para el día siguiente...

Ibrahima Sall se introdujo en mi habitación a la hora convenida. Su exactitud me agradó.

Alto, vestido con sencillez. Encantadores rasgos en general. Pero ojos extraordinariamente hermosos, aterciopelados, tiernos dentro de un marco de largas pestañas. Se los desearía en un rostro de mujer..., la sonrisa también. Mi mirada se detuvo en la dentadura. Ninguna separación traidora. Ibrahima Sall encarnaba bien, con una nota de desenvoltura, al galán seductor. Me agradó, y comprobé con alivio su pulcritud: pelo corto peinado, uñas recortadas, zapatos lustrados. Debía de ser un hombre ordenado y por lo tanto sin dobleces.

Era yo quien lo había convocado, pero el tomó la dirección de nuestra entrevista.

—¡Cuántas veces he deseado provocar esta conversación para informarla! Yo sé lo que una hija significa para su madre, y Aïssatou me ha hablado

tanto de usted, de los vínculos que las unen, que creo conocerla. No soy un aventurero. Su hija es mi primer amor. Deseo que sea el único. Lamento lo ocurrido. Me casaré con Aïssatou si usted está de acuerdo. Mi madre se ocupará de su hijo. Nosotros proseguiremos nuestros estudios.

Allí estaba condensado y bien dicho lo que yo deseaba oír. ¿Qué responder? ¿Dar fácilmente mi adhesión a sus propuestas? Farmata, presente en la entrevista, estaba en guardia.

Lo provocó:

—Tú eres el primero.

—Sí —afirmó Iba Sall.

—Entonces advierte a tu madre. Iremos, o iré yo, a verla mañana para anunciarle tu falta. Que vaya economizando mucho dinero para compensar a mi sobrina. Y por otra parte, ¿no podrías haber esperado a tener una posición antes de correr tras las chicas?

Ibrahima Sall aceptaba las observaciones de la *griote* sin alterarse. Debía de conocerla de nombre y de carácter para oponerle un silencio tan cortés.

Mis preocupaciones eran de índole muy diferente de las de Farmata. Estábamos en pleno año escolar. ¿Cómo actuar para evitar la expulsión de mi hija?

Participé mis temores a Iba Sall. El también lo había pensado. El niño nacería en plenas vacaciones. Lo esencial era no perder la cabeza, dejar pa-

sar los meses, vestir a Aïssatou con ropas amplias. Al reiniciar las clases el año próximo el bebé tendría dos meses. Aïssatou podría cursar su último año. Después de terminarlo, el casamiento.

El amigo de mi hija razonaba recordándome la claridad mental de Daba.

Él, Ibrahima Sall, no corría ningún riesgo de expulsión en la Universidad. Y, aunque sólo hubiese sido estudiante secundario, ¿quién opondría a su establecimiento su condición de futuro padre? Nada cambiaría en su presentación. El permanecería “chato”... mientras que el redondeado vientre de mi hija sería acusador.

¿Qué ley clemente acudiría en auxilio de las estudiantes secundarias en falta, cuando las vacaciones largas no enmascararan su estado?

No añadí nada a tanta organización. En ese momento, sentí que mi hija se desprendía de mi ser, como si la trajera nuevamente al mundo. Ya no estaba bajo mi protección. Pertenecía más a su amigo. Una nueva familia nacía ante mis ojos.

Acepté mi papel subalterno. Es necesario que el fruto maduro caiga del árbol.

Que Dios facilite a esta criatura la nueva dirección de su vida.

Pero ¡qué camino, sin embargo!

Aïssatou, las tranquilizantes costumbres recuperan su supremacía. Bajo mis ropajes negros, el latido monótono de mi corazón. ¡Cómo me gusta escuchar ese ritmo lento! Un nuevo elemento trata de incorporarse a la familia.

Ibrahima Sall pasa todos los días y da a cada uno de nosotros lo que puede. A Mawdo Fall le aporta su lógica y su claridad en la discusión de sus temas de disertación. A Dumar y a Dusmane les trae regularmente chocolate. No desdeña unirse a los juegos de Malick y de Alioune que han renunciado a la calle por mi patio.

El brazo de Malick sigue enyesado. ¡Con tal que sus piernas, que no dejan tranquila la pelota, no se rompan también!

Pero el trío (Arame, Yacine y Dieynaba) se niega a aprobar esta “intrusión”. El trío lo saluda con corrección pero sin entusiasmo. El trío es hostil

a sus invitaciones. No le perdonan haber podido...

Ibrahime Sall alienta a Aïssatou en sus lecciones y tareas. Se ha propuesto el éxito de su amiga. No quiere ser la causa de ningún atraso. Las notas de Aïssatou mejoran: ¡no hay mal que por bien no venga!

Farmata acepta a disgusto a Ibrahima Sall a quien califica de “atrevido” y “sinvergüenza”. Nunca pierde la ocasión de espetarle:

—¿Cuándo se ha visto a un extraño desatar una cabra de la casa?

Ibrahima Sall, imperturbable, trata de adaptarse. Busca mi compañía, discute la actualidad conmigo, me trae a veces periódicos y fruta. Sus padres, prevenidos ya por la vigilante Farmata, pasan también a vernos y se preocupan por la salud de Aïssatou. Y los hábitos tranquilizantes recuperan su supremacía...

¡Te envidio por no haber traído al mundo más que varones! Ignoras las zozobras que paso por los problemas de mis hijas.

Me he decidido al fin a abordar los temas de educación sexual. Tu tocaya Aïssatou me sorprendió. Ahora quiero tomar mis precauciones. Me dirijo al trío, pues las gemelas son aún demasiado pequeñas.

¡Cuánto dudaba antes! No quería armar a mis hijas ofreciéndoles la inmunidad del placer. El mundo está al revés. Las madres de antaño enseñaban la

castidad. Su autorizada voz estigmatizaba todo. “desvío” extraconyugal.

Las madres modernas favorecen los “juegos prohibidos”. Ayudan a limitar sus consecuencias, o mejor, a prevenirlas. ¡Apartan todas las espinas, todos los guijarros que entorpecen la marcha de sus hijas hacia la conquista de todas las libertades! Me pliego con dolor a esta exigencia.

Insisto para que mis hijas tomen conciencia, empero, del valor de su cuerpo. Insisto en el significado sublime del acto sexual, expresión del amor.

La existencia de medios anticonceptivos no debe conducir al desenfreno de los deseos y de los instintos. Por su control, por su razonamiento, por su elección, por su poder de afecto, el hombre se diferencia de los animales.

—Cada mujer hace de su vida lo que desea. Una vida de mujer disoluta es incompatible con la Moral. ¿Qué se saca de los placeres? Un envejecimiento prematuro y el envilecimiento, sin lugar a dudas —subrayaba también.

Mis palabras salían con dificultad ante mi auditorio. De las presentes, yo era la más vulnerable. Pues ninguna sorpresa se pintaba en las caras del trío.

Mis entrecortadas frases no suscitaban un interés particular. Yo tenía la impresión de estar forzando una puerta abierta.

El trío ya sabía, tal vez... Un largo silencio... Y el trío desapareció...

Lancé un “¡Uf!” de alivio. Tenía la sensación de salir a la luz después de recorrer un largo camino por un túnel angosto.

Hasta mañana, amiga mía.

Tendremos pues tiempo para nosotras, Aïssatou, tanto más por cuanto obtuve la prolongación de mi licencia por viudez.

Reflexiono. Este aspecto de mi mente casi no te sorprende... No podré evitar confiarme a ti. Lo mismo que resumirme aquí.

Las irreversibles corrientes de liberación femenina que azotan al mundo no me dejan indiferente. Esa conmoción que invade todos los terrenos revela e ilustra nuestras aptitudes.

Mi corazón se alborozaba cada vez que una mujer emerge de las sombras. Sé que es movedizo el terreno ganado, difícil mantener las conquistas: las obligaciones sociales nos contienen y el egoísmo masculino ofrece resistencia.

Instrumento de los unos, incentivo de los otros, respetadas o despreciadas, a menudo amordazadas,

casi todas las mujeres tienen el mismo destino, cimentado por religiones o legislaciones abusivas.

Mis reflexiones me ayudan a fijar mi posición sobre los problemas de la vida. Analizo las decisiones que orientan nuestro acontecer. Amplío mi opinión penetrando en la actualidad mundial.

Sigo persuadida de la inevitable y necesaria complementariedad del hombre y la mujer.

El amor, por imperfecto que sea en su contenido y su expresión, sigue siendo el nexo natural entre ambos.

¡Amarse! ¡Si cada miembro de la pareja pudiera tender sinceramente hacia el otro! ¡Si intentara fundirse en el otro! ¡Si asumiera sus logros y sus fracasos! ¡Si exaltara sus cualidades en vez de enumerar sus defectos! ¡Si reprimiera las malas inclinaciones en vez de insistir en ellas! ¡Si atravesara los refugios más secretos para prevenir flaquezas y aliviar de paso las angustias calladas!

De la armonía de la pareja nace el éxito de la familia, como el acuerdo de muchos instrumentos crea la agradable sinfonía.

Y todas las familias, ricas o pobres, unidas o destrozadas, conscientes o irreflexivas, constituyen la nación. El éxito de una nación pasa pues irremediablemente por la familia.

¿Por qué no te acompañarán tus hijos? ¡Ah! Los estudios...

Así pues mañana volveré a verte, ¿en tailleur o

en vestido maxi? Apuesto con Daba: el tailleur. Acostumbrada a vivir lejos de aquí, querras —apuesto una vez más con Daba— mesa, plato, silla, tenedor.

—Más cómodo —dirás.

Pero yo no te seguiré. Tenderé una estera. Encima, el gran bol humeante en el que soportarás que otras manos se introduzcan.

Bajo el caparazón que te endurece desde hace bastantes años, bajo tu mueca escéptica, bajo tus maneras deenvueltas, te sentiré vibrar tal vez. ¡Desearía tanto oírte atemperar o alentar mis impulsos como antes y, también como antes, verte participar en la búsqueda de un camino!

Desde ya te advierto que no renuncio a rehacer mi vida. Pese a todo —decepciones y humillaciones— estoy llena de esperanza. Del humus sucio y nauseabundo surge la planta verde, y yo siento brotar en mí nuevos capullos.

La palabra felicidad encierra algo, ¿verdad? Iré en su busca. Peor para mí, si tengo que escribirte otra carta tan larga...

Ramatoulaye

Carta a una amiga íntima, relato de la escritora senegalesa *Mariama Bâ*, obtuvo un importante premio a la mejor obra de la literatura africana, otorgado en la Feria Internacional del libro en Frankfurt. Ha sido traducido al alemán, sueco, inglés, holandés, japonés, ruso, y ahora al castellano. Es, por otra parte, una de las primeras traducciones de narrativa africana realizadas en América Latina.

Emociona leer esta larga carta que una mujer escribe a su amiga más íntima, haciendo un balance de su vida. Los acontecimientos son comunes a la mayoría de las mujeres, pero el punto de vista de la protagonista, llena de pudor y sabiduría, no es precisamente común, como tampoco lo es el medio ambiente en que se desarrolla: la sociedad del África negra musulmana, donde todavía se practica la poligamia. La protagonista, madre de doce hijos, soporta esta situación con gran dignidad. Su amiga, en cambio, prefiere el divorcio y la libertad.

